

Joaquín Costa y los médicos

VENANCIO DÍAZ CASTÁN¹

Este artículo trata de mostrar la relación que tuvo Joaquín Costa con los profesionales de la medicina a lo largo de su vida. Estos contactos serían en unos casos de tipo fundamentalmente clínico (Mir, Juan Creus, Jean-Martin Charcot, Romain Vigouroux, Serafín Buisen, Heinrich Frenkel, Miguel Gayarre, Arturo Zaldívar, Joaquín Gómez Fantova o Ricardo Royo Villanova) y en otros de amistad y sentimiento correligionario (Rafael Salillas, José Chabás y Santiago Gómez Lafarga) o epistolar (Laureano Rosso), vecinal por ser de Graus (Casimiro Perales, José Vidal y José Pérez Buñill), de trabajo común en la ILE (Federico Rubio, Pedro González de Velasco, Luis Simarro, Santiago Ramón y Cajal o Eugenio Gutiérrez), de política y literatura (Joaquín Montestruc, Felipe Trigo o José María Esquerdo) y también familiar (Andrés Martínez Vargas). No deben ser compartimentos estancos, pero en estas categorías se basan sus nexos de unión con todos ellos.

This article intends to show Joaquín Costa's relationship with medical professionals throughout his life. These contacts could be basically clinical (Mir, Juan Creus, Jean-Martin Charcot, Romain Vigouroux, Serafín Buisen, Heinrich Frenkel, Miguel Gayarre, Arturo Zaldívar, Joaquín Gómez Fantova or Ricardo Royo Villanova), through a friendship, a religious bond (Rafael Salillas, José Chabás and Santiago Gómez Lafarga) or an epistolary one (Laureano Rosso). They could also be neighbours from Graus (Casimiro Perales, José Vidal and José Pérez Buñill), work colleagues at the ILE (Federico Rubio, Pedro González de Velasco, Luis Simarro, Santiago Ramón y Cajal or Eugenio Gutiérrez), acquainted through politics and literature (Joaquín Montestruc, Felipe Trigo or José María Esquerdo) or a relative (Andrés Martínez Vargas). They are not sealed compartments, but all his connection links fall into these categories.

Joaquín Costa se relacionó con muchos médicos a lo largo de su vida. Unas veces, las más, el hecho tuvo que ver con su estado de salud, pero en otros casos fue el interés académico o universitario lo que lo motivó. El moverse en el ambiente intelectual le facilitó conocer y ser tratado por los especialistas más descollantes del momento, incluso figuras mundiales que estaban surgiendo y que estaban dando un giro científico espectacular al conocimiento y a la investigación de complejas enfermedades cuya etiología se desconocía por completo. Las especiales características de su dolencia lo condujeron a que al final de su vida renegase de la medicina; de hecho, se le escuchó emitir al respecto amargos comentarios.² En ocasiones se

-
- 1 Médico perteneciente a la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas (Asemeya). vdiazcastan@hotmail.com
 - 2 "La medicina del siglo pasado es hoy negativa, como la actual lo será del siglo venidero" (comentario de Costa a Manuel Ciges Aparicio, *Joaquín Costa, el gran fracasado*, Madrid, Espasa-Calpe, 1930).

las tuvo que ver con médicos de escasos principios éticos que utilizaban su profesión con fines diferentes a los curativos. Pero siempre, o casi siempre, manifestó respeto por los facultativos y acatamiento de sus puntos de vista. Sin embargo, no fue un enfermo fácil. Su inteligencia y su mente analítica sometían a prueba todos los procedimientos, y si no lo convencían se excusaba cortésmente aludiendo obligaciones profesionales o cualquier otro pretexto.

Esta relación que aquí acometemos probablemente no sea completa. En ella se ha procurado la aproximación al orden de aparición de médicos en su vida, teniendo en cuenta que hacia la cuarta década de la misma coincidieron varios en el tiempo. Se observará también el tratamiento breve y superficial de grandes personalidades de la medicina como es el caso del doctor Creus y de Pedro González de Velasco; ello se debe a que en la documentación existente figuran tan solo como enumerados y este no es lugar para glosar extensamente sus biografías.

A la vuelta de la Exposición Internacional de París, en un permiso de septiembre de 1867, Joaquín Costa había tenido un reconocimiento en Graus en el que había sido declarado libre de quintas por imposibilidad física. Se trataba de su brazo derecho. Desde entonces ya tenía sospechas del carácter crónico de su mal. La enfermedad que tanta impotencia y sufrimiento le causó a lo largo de casi cincuenta años fue una distrofia muscular progresiva en su variedad de cinturas,³ aunque también podría incluirse en la escapulooperoneal. A la luz de los conocimientos actuales, ya sabemos de su origen genético y de los daños que se producen en la célula muscular, así como de lo poco satisfactorio del tratamiento. La imposibilidad de afinar un diagnóstico exacto de manera retrospectiva es patente por falta de pruebas complementarias, pero poco importa para el objetivo de este artículo, pues se trata de pequeños matices que en poco o nada modifican la evolución de la enfermedad. Sin embargo, tenemos absoluta certeza de las características hereditarias de su mal por existir casos entre sus descendientes, en los cuales no me constan estudios actualizados aunque es muy posible que estén hechos y tal vez un día se den a conocer.

Pilar Antígone Costa Palacín, su hija, tuvo trece vástagos, que por orden de nacimiento fueron Juan, Trinidad, José María, Isabel, Rafael, Alfonso, Antonio, Joaquín, Ana María, Luis, María Luisa, Pilar y Milagros. Disponemos de la información facilitada por Alfonso Ortega Costa, presidente de la Fundación Joaquín Costa, quien en 1989 me comunicaba lo siguiente por carta:

[...] estos días he tenido la oportunidad de transcribir el texto de la carta que dirigió, en 1908, don Joaquín al Dr. Rosso de Málaga, y cuyo texto fue facilitado tan amablemente por usted; de su lectura deduzco que el caso de Antonio o el mío, son reproducciones aproximadas de la sintomatología de nuestro abuelo, y cierto que, en el mío, con un grado de evolución más lento, aunque al parecer también inexorable. Mis primeros síntomas los advertí al cumplir el servicio militar, localizándolos en el trapecio del hombro izquierdo y en dificultades para mantener hacia arriba la punta de los pies. Creo que esto último puede constituir uno de los primeros síntomas apreciables de la enfermedad que, en algunos casos, permite sospecharla al advertir en la marcha de algún transeúnte desconocido su

3 Venancio Díaz Castán, "Enfermedad y muerte de Joaquín Costa", *Discurso de entrada en Asemeya*, Madrid, enero de 2003.

impulsión enérgica al avanzar el pie en cada uno de sus pasos. Por lo demás, mi constitución física, y sin que haya llegado nunca a serlo, era más bien de complexión recia y atlética.

Poco después y por consejos de mi hermano médico, Rafael, para intentar algún remedio, tanto Antonio como yo hicimos un tratamiento de corrientes galvánicas y sin que tampoco los dos experimentáramos algún alivio apreciable; y cierto que siempre los síntomas de Antonio fueron notablemente más acusados que los míos.

Transcurrieron luego los años sin que, por mi parte, prestara mucha atención a la involución lenta pero progresiva y general de mi fuerza muscular. Mucho más tarde, y aproximadamente al principio de la década de los sesenta, mi hermano Rafael me hizo reconocer por colegas suyos del Hospital Clínico de Barcelona que, entre otros varios exámenes, me hicieron extracción del líquido raquídeo que confirmó la ausencia de espiroquetas; y también coetáneamente con esos años tuve que renunciar a la posibilidad de poder correr y sufrir con frecuencia tropezones con obstáculos poco perceptibles en la marcha; aunque conservando todavía una cierta agilidad para evitar caídas peligrosas o para restablecer el equilibrio cuando estas se producían. Durante una temporada, y como única terapéutica, estuvimos tomando por vía bucal vitamina E, aunque sin ningún resultado aparente ni mejora.

En la década siguiente, por tener tensión alta, me sometí al reconocimiento de especialistas, y con tal motivo me hicieron análisis de sangre y orina... Por último, y aproximadamente hace dos años, por una caída casual en mi domicilio, sufrí fractura de fémur y distensión del pie derecho; y desde entonces, por no serme posible permanecer erguido, he debido guardar cama sin perspectivas de recuperar la posición bípeda.

Por lo que respecta al resto de mis hermanos, considero inconveniente facilitar datos sin contar de antemano con su aquiescencia expresa... En este sentido, y como concesión máxima que considero legítima, y sin quebranto de esos derechos, me atrevo a confiarle los datos siguientes:

- N.º total de hijos: 13.
- Hijos afectados: 5.
- Afectados sexo femenino: 2.
- Afectados sexo masculino: 3.

En la escala numérico ordinal de la sucesión familiar, los hijos afectados ocuparían los lugares: segundo, sexto, séptimo, undécimo y duodécimo. De estos cinco, cuatro han fallecido y subsisto yo, que soy el número 6 en el orden de nacimientos. Los afectados no han tenido ninguna sucesión directa, bien por haber fallecido sin hijos o bien por no haber contraído matrimonio. De las generaciones siguientes, no cabe adelantar ningún dato concreto porque son todavía jóvenes, y, aunque no presentan todavía síntomas, podrían presentarlos en edades superiores.

Cualquier otro antecedente o circunstancia que pueda convenirle para cumplimentar su estudio médico, de serle de interés puede solicitármela que me apresuraré a satisfacerlo y siempre que sus aspiraciones no lleguen a herir el derecho, antes invocado, de la intimidad familiar. Con tal motivo le saludó muy afectuosamente su amigo,

Alfonso Ortega Costa
Barcelona, 20 de noviembre de 1989

Con estas declaraciones era evidente el carácter hereditario de la enfermedad y a su vez se descartaba el patrón de herencia ligada al sexo. Por comentarios e infundios de la época, se observa que hubo siempre cierto interés en descartar la etiología luética de la discapacidad. Por desgracia, carecemos de otros datos como enzimas musculares, electromiograma, etcétera, que serían de gran ayuda para establecer por completo la certeza de enfermedad neuromuscular.

Poco antes de su muerte Antonio Ortega Costa, hermano de Alfonso y afectado también, me contó lo siguiente en una visita que le hice a la Fundación Joaquín Costa, en la calle O'Donnell de Madrid:

Me vio el doctor Blanch⁴ y no le concedió importancia. A los diecinueve años fui declarado útil para el servicio militar. Aparecieron los primeros síntomas a los diecisiete años, con debilidad en serratos y omóplato derecho. En el año 35, por mediación de compañeros de mi hermano médico, Rafael, fui a un especialista que me aplicó corrientes eléctricas⁵ (sesiones de 15 minutos cada dos días). No me hicieron nada. Desde el 36 al 39 no me di cuenta del progreso, hasta el final de la guerra, y eso que tuvimos que realizar grandes esfuerzos, marchas muy largas, etcétera. Terminada la guerra, noté dificultades al subir escaleras, especialmente en la pierna izquierda, que comenzó a adelgazarse (1940-1941).

Fui a Málaga, a la playa, y comencé a darme cuenta de que ya no podía exhibirme en público. A pesar de ello pretendía hacer una vida normal. En 1942 tenía treinta años. Estábamos en Barcelona y teníamos costumbre de coger los tranvías en marcha. Fue aquel año el último en que lo cogí de aquel modo, y con peligro, pues al saltar peligrosamente corrí grave riesgo de hacerme daño o matarme. En ninguno de mis brotes he experimentado dolores... Seguí haciendo vida aparentemente normal, aunque con dificultades para subir escaleras. En el año 45 ya necesitaba bastón.

Procedente de Málaga y Barcelona, vine a Madrid a trabajar en el año 45. La distrofia saltó al brazo izquierdo y luego a la otra pierna. En el año 1966 mi hermano Rafael me buscó un tratamiento ortopédico que se limitaba a proponerme la inmovilización de la rodilla derecha, ya que su debilidad me había hecho caer en muchas ocasiones. Primero me fijaron el juego de la rodilla. La llevaba fija, pero andaba mejor. Cuando después vino el aparato, ya no me servía para nada. Sin embargo, me dio la idea de hacerme un aparato de fijación de la rodilla que se sustentaba desde el pie hasta la parte superior del muslo sujetándose con una correa. A pesar de ello tenía que acompañarme siempre una persona. Más tarde empezaron los músculos del cuello y la deformidad de la columna cifoescoliótica muy marcada, con notable atrofia de la musculatura paraespinal (de los cincuenta a los sesenta años). Ya ni con el aparato podía incorporarme.

También yo tuve bronquitis desde la niñez, la más importante a los diez años. Últimamente han cedido en frecuencia y en intensidad. No me he hecho ningún análisis ni creo que me sirva para nada. Ya no camino nada. Estoy inválido por completo.

Y hecha esta introducción acerca del carácter hereditario de la enfermedad padecida por Costa, vamos a abordar ya la lista de médicos —de los que hay constancia escrita, claro es— que lo atendieron o tuvieron relación con él por una u otra razón. Comenzamos con un médico “desconocido” que lo trató a los dieciocho años, en 1864, cuando residía en Huesca como ayudante de Hilarión Rubio. Dice Costa en la entrada del 28 de junio de ese año en sus *Memorias*:

[...] he estado en la cama por una angina en el lado derecho. Ha venido el médico cinco veces. Me ha recetado, primero, una medicina clara de alcohol, nitro, éter, etc., y segundo, media onza de cremor tártaro. Además, cataplasma de malvas y gárgaras con el agua de las mismas y también que me sacasen ocho onzas de sangre.⁶ Costó el médico dieciséis reales; las medicinas, tres reales; el sangrador, cuatro reales...⁷

4 José Blanch (o Blanc) Fortacín, nacido en Barcelona en 1878, se licenció en Medicina por la Universidad de Barcelona y fue médico del Hospital de la Princesa de Madrid, catedrático de Patología Quirúrgica y académico de la Real Academia de Medicina. Estuvo casado con Felicidad Bergnes de las Casas, que era hija de Elisa Palacín y hermanastras de María Pilar Costa. Era, por tanto, tío de Antonio Ortega Costa. Falleció en Madrid el 21 de enero de 1951. Su hija, Felicidad Blanc, fue esposa del poeta Leopoldo Panero.

5 Anteriormente su abuelo, Joaquín Costa, ya había constatado la inutilidad de la electroterapia en esta enfermedad.

6 Lo que equivale a aproximadamente 250 centímetros cúbicos. Se trataba de un recurso terapéutico muy extendido que era perjudicial para el paciente en estos casos.

7 Cito por la edición de Juan Carlos Ara Torralba: Joaquín Costa, *Memorias*, Zaragoza / Huesca / Teruel, PUZ / Gobierno de Aragón / IEA / IET, 2011, p. 8.

Y continuamos con **Casimiro Perales Hernández**, médico de Graus en 1869. Formaba parte del grupo de notables del pueblo junto con el maestro, el boticario y el cacique local. No existen datos de tratamiento a Costa.⁸

Sabemos que Costa visitó a un innominado “ortopedista” en septiembre de 1867 durante su estancia en París, quien le dio alguna esperanza en la curación de su brazo. Parece que llegó a confeccionarle un aparato para el mismo que iría unido a un corsé, pero no hay certeza de que llegara a utilizarlos.

A continuación nos topamos con el **doctor Vidal**. Este fue don José Vidal, médico de Graus desde 1878 aproximadamente. Fue el médico de la familia y sabemos que, durante las ausencias de Joaquín Costa en Madrid, le comunicaba por carta noticias sobre la evolución de la enfermedad de su padre. A él lo atendió, como luego veremos, al final de su vida. Falleció durante la gripe de 1918, periodo en el que estuvo visitando enfermos casi hasta el último día en un esfuerzo que se podría calificar, sin duda, de heroico, dado que él mismo estaba afectado por la enfermedad.

Es turno de hablar del en su día célebre **doctor Mir**, electroterapeuta perteneciente a la escuela catalana pero instalado en Madrid —en la calle Trujillo, n.º 2— desde los inicios de la década de los sesenta del siglo XIX. Puede verse el anuncio de su consulta en la prensa de la época.⁹ A ella acudió Costa el 19 de marzo de 1869 solicitando curación para su brazo. Ese mismo día inició las sesiones de electroterapia. Recibió en total quince, que terminaron el 13 de mayo. Apunta en sus *Memorias* que no experimentó mejoría.¹⁰

Por cierto, tenemos la fortuna de que se conserve, entre los fondos de Joaquín Costa del Archivo Histórico Provincial de Huesca (AHPHu), una cuartilla en la que están escritos el diagnóstico y el tratamiento de la enfermedad. Comoquiera que no está firmada es imposible adjudicar con certeza su paternidad, aunque sí podemos afirmar que es anterior al diagnóstico del doctor Charcot porque no aparece su juicio clínico de distrofia muscular y porque no está afectada todavía la cintura pélvica. Nos es muy útil por cuanto describe bien las lesiones. Su autoría se podría adjudicar con mucha probabilidad de acierto al doctor Mir. Transcribimos su contenido por su gran interés:

Diagnóstico. Atonía de los músculos de la región dorsal del lado derecho que tienen sus ataduras en la escápula, por falta de innervación.

Tratamiento. 1.º fricciones secas con franela o cepillos; unturas de sustancias aromáticas, agua de lavanda, colonia de Raspail,¹¹ de la Reina de Hungría,¹² vinos aromáticos, aguardiente alcanforado,

8 Joaquín Costa, *Memorias*, ed. cit., p. 122.

9 Por ejemplo, en *La Discusión* del 17 de abril de 1866, como señala Juan Carlos Ara Torralba en la página 109 de la edición citada de las *Memorias* de Costa. Pueden verse anuncios propagandísticos de la consulta del doctor Mir en otros periódicos capitalinos y en fechas cercanas con una simple consulta en línea de la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

10 Anota Costa el 14 de mayo de 1869: “Anteayer tomé la última electrización. Total 15 = 12 piasstras que me hacen falta. No encuentro mejoría” (*Memorias*, ed. cit., p. 111; la traducción es nuestra).

11 Alcohol con frutas maceradas.

12 Destilado de flor de romero con aguardiente.

agua fría del mar a chorro, etc., etc. 2.º excitaciones ligeras con aparatos electro-galvánicos sobre los nervios intercostales del lado derecho y las ramificaciones del plexo braquial que inervan los músculos de la espalda de aquel lado. 3.º gimnasia de movimientos suaves que tiendan a figurar el disparo de una sonda y a engarrotar el hombro derecho hacia el dorso, sostenido aquel por el aparato, a fin de que obren el músculo trapecio y dorsal mayor, para lo cual se aprieta el brazo como para sostener un libro debajo del sobaco. Jamás se estire el brazo violentamente, porque esas tracciones relajarían las fibras musculares.¹³

Con posterioridad Joaquín Costa fue paciente del doctor Creus. Juan Creus y Manso (1828-1897), nacido en Granada, era un cirujano traumatólogo de gran prestigio nacional e internacional.¹⁴ Fue catedrático de Patología Quirúrgica en la Universidad Central de Madrid desde 1877 y académico de la Real de Medicina. Tenía fama de ejercer un fuerte caciquismo en la profesión. Tras su jubilación ocupó la vacante el doctor Eugenio Gutiérrez. Solo tenemos constancia de que el doctor Creus atendió a Costa gracias a una carta dirigida por este a Laureano Rosso.¹⁵

A continuación es imprescindible traer aquí al amigo de Joaquín Costa Rafael Salillas. Rafael Salillas Panzano (1854-1923) nació en Angüés, localidad a medio camino entre la capital altoaragonesa y Barbastro. Como Costa, había estudiado en el Instituto de Huesca y había sido condiscípulo de Cajal. Se desprende de la lectura de diversas biografías que inició estudios de Medicina en Zaragoza y los hubo de finalizar en Madrid, donde lograría el doctorado. Estuvo ejerciendo la profesión en Huesca y coincidió con Costa en su etapa de oficial letrado en esta ciudad. Es posible que se conocieran desde los tiempos del Instituto, pero es seguro que durante los años 1877 y 1878 se hicieron amigos, compartieron amistades y participaron en reuniones y fiestas. Era cuando Joaquín padecía “males de amores” por Conchita Casas y los amigos lo encontraban raro, esquivo y malhumorado. Salillas, en clave de humor, “apuntó que tenía yo caracteres patognomónicos de enamorado”.¹⁶ Las relaciones entre Conchita y Joaquín se torcieron e iban cada vez peor, hasta el punto de referir Costa en sus *Memorias* “ataques cerebrales” y cefaleas. En una de esas ocasiones tuvo que recurrir a Rafael, quien le recetó “antiespasmódicos,¹⁷ agua sedativa¹⁸ y sinapismos”.¹⁹

Ambos amigos volvieron, por distintas razones, a Madrid. En 1880 Salillas ingresó en la Dirección General de Prisiones como funcionario y fue nombrado inspector de Servicios Sanitarios. La influencia que ejerció sobre él la lectura de la obra de Concepción Arenal fue

13 AHPHu, COSTA/000003/005-08. Este y todos los demás documentos citados de este archivo pueden consultarse en <<https://dara.aragon.es>>.

14 Véase su ficha en el utilísimo *Diccionario de cirujanos españoles, hispanoamericanos y filipinos*, del doctor José Álvarez Sierra, miembro de Asemeya. Este recurso está disponible en <https://biblioteca.unizar.es/sites/biblioteca.unizar.es/files/users/Medicina.13/docs/diccionario_de_cirujanos.pdf>.

15 Para esta y el resto de las citas a la correspondencia entre Costa y Rosso en el presente texto, *vid.* nuestro artículo “Epistolario Joaquín Costa – Laureano Rosso (1904-1909)” en el número 33 de la revista *Joaquín Costa*, e. p.

16 Joaquín Costa, *Memorias*, ed. cit., p. 280.

17 Posiblemente extracto de valeriana o un preparado con atropina.

18 Agua con amoníaco, alcohol alcanforado y sal.

19 Cataplasma tópica con polvo de mostaza.

decisiva para su profundización en el hecho delictivo desde el punto de vista científico y en todo lo relativo a instituciones penitenciarias. Destacó como escritor y antropólogo y es considerado el padre de la criminología española.

Su amistad con Costa se mantuvo durante años. Salillas le escribe en los veranos de 1880 a 1883 desde su refugio vacacional de La Unde, en Valencia, donde solía descansar con su familia, con el catedrático Juan Uña²⁰ y a veces con el general Ros de Olano.²¹ En ellas se aprecia el sincero afecto y el compañerismo existente entre ellos en los meses en que compartieron vivienda por un corto periodo de tiempo en la calle Leganitos, n.º 35, en régimen de patrona. También los miembros de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), e incluso el tío de Costa, José Salamero, pasaban allí vacaciones. Pero Costa, si no iba a Graus, se quedaba trabajando en Madrid, en sus libros.

Tenía Costa a Salillas por amigo muy valioso, pues en 1894 contó con él para un proyecto político revolucionario que compartieron con Juan Uña y con el que pretendían cambiar las estructuras ideológicas del país,²² si bien a la postre no prosperaría.

Y tras Rafael Salillas encontramos al **doctor Rubio**, Federico Rubio y Galí (1827-1902), auténtico pionero e impulsor de la medicina española del siglo XIX. Nacido en El Puerto de Santa María, estudió en Cádiz y ejerció inicialmente en Sevilla. Es una figura importante, con una extensa biografía²³ en la que destacan sus actividades como profesor cirujano, político liberal, pedagogo, polígrafo y académico de la Real de Medicina. Fundó el Instituto de Terapéutica Operatoria de Madrid,²⁴ que se mantuvo vigente como hospital y establecimiento formador de especialistas durante cincuenta y siete años. Actualmente su solar lo ocupa la Fundación Jiménez Díaz.

Su talante intelectual lo aproximó en 1876 al grupo de profesores de la recién fundada ILE, con Giner de los Ríos a la cabeza, en la que participó desde sus comienzos. A la vuelta de Londres, adonde había sido enviado por el Gobierno de la Primera República como ministro plenipotenciario, formó parte de la Junta Directiva inicial y colaboró económicamente comprando acciones. Tenía filiación masónica, como asimismo era masón el también médico y miembro de la ILE Luis Simarro. Costa refiere haber sido tratado por él, además de por otros médicos de gran prestigio, en la correspondencia que mantuvo con el médico malagueño Laureano Rosso. Esta relación de Costa con Rubio tuvo lugar en los años en que ambos coincidieron en la Institución como profesores.

20 Juan Uña, catedrático de gran prestigio intelectual y miembro fundador con Giner de los Ríos de la ILE, de la que fue rector.

21 Antonio Ros de Olano, militar y poeta español, era amigo del padre de Rafael Salillas, también militar. A él se debe, como inventor, el nombre del gorro militar homónimo.

22 Como se desprende de la lectura de la carta de Joaquín Costa a Rafael Salillas fechada el 19 de agosto de 1894. AHPHu, COSTA000107/107-06(9200).

23 Véase, si no, el excelente libro de Juan L. Carrillo, Encarnación Bernal, Agustín Albarracín, Juan A. Micó Navarro y Víctor M. Núñez García, *Federico Rubio y Galí (1827-1902): estudio documental y bibliográfico*, El Puerto de Santa María, Ayuntamiento (Biblioteca de Temas Portuenses, 15), 2002.

24 AHPHu, COSTA/000037/002-59(4086).



Federico Rubio, Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío,
profesores pertenecientes a la entonces recién fundada Institución Libre de Enseñanza. (ILE)

Por su parte, el **doctor Velasco**, Pedro González de Velasco (1815-1882), fue un ilustre anatomista, catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid. Fundador del Museo Antropológico que lleva su nombre, se le considera el fundador de la antropología española. Organizó la Escuela Práctica Libre de Medicina y Cirugía y fue un científico de notables cualidades cuya biografía merece una detenida lectura.²⁵

El único documento existente que lo relaciona con Costa es la carta del epistolario con Laureano Rosso en la que don Joaquín le refiere al médico malagueño haber sido tratado por él. Era Velasco treinta años mayor que Costa y esta condición es probable que no facilitase la misma confianza que manifestó con los otros médicos más jóvenes vinculados a la ILE.

Del **doctor Esquerdo**, José María Esquerdo Zaragoza (1842-1912), debemos decir que, nacido en Villajoyosa (Alicante), tuvo como maestro a Pedro Mata en el Hospital Clínico San Carlos de Madrid. Neuropsiquiatra y político republicano español seguidor de Manuel Ruiz Zorrilla, del que se le consideraba su lugarteniente,²⁶ fue el introductor en España de la

25 Inspiró al escritor Ramón J. Sender un cuento titulado “La hija del doctor Velasco”, incluido en el libro *La llave y otras narraciones* (Madrid, Magisterio Español, 1967, pp. 63-125), sobre el episodio del embalsamamiento de su hija Conchita, fallecida por causa de fiebres tifoideas.

26 Vid. Luis Valenciano Gayá, *El doctor Lafora y su época*, Madrid, Morata, 1977, p. 38.

El Director
DEL
Instituto de Terapéutica Operatoria

R. L. M.

Al Sr D. Joaquín Costa y tiene el
gusto de participarle, que debiendo solo
cambiar la bandera en las obras del Hospital
el día 5 del corriente a las dos de la
tarde, tendrá el mayor gusto en que
favoreciere el acto con su presencia.

D. Federico Rubio y Gali
aprovecha gustoso esta ocasión para ofrecerle
el testimonio de su consideración más distin-
guida.

Madrid 1.º de Enero de 1896

Invitación de Federico Rubio y Gali a Joaquín Costa, cursada el 1 de enero de 1896, para la inauguración el día 5 del edificio de Moncloa, correspondiente a la segunda fase del Instituto de Terapéutica Operatoria. En la primera, de 1880 a 1896, la entidad estuvo adscrita al Hospital de la Princesa, que se hallaba en la calle Alberto Aguilera. (AHPHu)

neuropsiquiatría y de la terapia ocupacional. Fue colaborador de Pedro González de Velasco en su Escuela Práctica Libre de Medicina y Cirugía, establecida en el Museo Antropológico de Madrid. Fundó en 1877 un sanatorio privado en Carabanchel Alto, desde el que trasladaba en verano a los pacientes en condiciones de poder viajar a su famosa finca El Paradís, en Villajoyosa. Su actitud para con los enfermos era muy humana y cariñosa. Tuvo como discípulo directo a Jaime Vera, fundador con Pablo Iglesias del Partido Socialista Obrero Español. También fueron discípulos suyos Ángel Pulido y Luis Simarro.

Siendo Esquerdo jefe del Partido Republicano, se constituyó en 1910 la Conjunción Republicano-Socialista. Su fuerte activismo político tenía que ver con su compromiso ante la penosa situación social de la España de entonces, un país enfermo cuyo diagnóstico compartía con Costa. Su relación con él fue fundamentalmente política, aunque actuó como consejero junto a Luis Simarro para que fuese tratado en Suiza por el doctor Frenkel. En 1908 presidió el comité de recepción de don Joaquín en la estación de Atocha cuando este fue de Graus a Madrid con objeto de protestar contra la ley antiterrorista de Antonio Maura, el 22 de mayo, así como el día 24, cuando volvió a Graus. Entonces ya le escribía Costa en tono de despedida:

[...] Todos nos vamos acabando y desfilando camino del cementerio; todos menos la dinastía, cada día más lozana, ultraje y desprecio a la nación. ¡Cómo hemos sentido, sobre todo desde 1898, el vacío que dejó aquel ilustre patricio Ruiz Zorrilla! Su muerte fue para los Borbones como una segunda restauración [...].²⁷

En 1910 Esquerdo solicitaba a Tomás Costa el voto para la Conjunción Republicano-Socialista sin saber que ya para entonces estaba coqueteando este con la monarquía.²⁸

Y llegamos al **doctor Simarro** (1851-1921), Luis Simarro Lacabra, un médico valenciano de espíritu progresista y positivista. Vinculado a Giner de los Ríos y a la ILE, impartía Física y Fisiología y publicaba artículos en el *Boletín de la ILE* desde 1877. En esos años tempranos de la Institución tuvo contacto con Costa, quien le consultó como consecuencia de sus frecuentes afecciones bronquiales.²⁹ Simarro entró en este círculo pedagógico de la mano de Federico Rubio. Junto al doctor Cortezo y algunos más había emprendido la tarea de renovar la enseñanza de la medicina apoyando a Pedro González de Velasco.³⁰ Ejerció poco la clínica y fue en el Hospital de la Princesa. Especializado como neuropsiquiatra, posteriormente fue director de la Casa de Dementes Santa Isabel de Leganés. Entre 1880 y 1885 estuvo en París trabajando junto a figuras de la histología, la neurología y la psiquiatría (Duval, Ranvier, Charcot...). En esta época fue cuando estuvo respaldando a Costa en su tratamiento con Jean-Marie Charcot y su ayudante, Romain Vigouroux. Posteriormente, en 1903, a partir del

27 AHPHu, COSTA/000097/102-2B(8475), carta de Joaquín Costa a José María Esquerdo, 5 de junio de 1908.

28 AHPHu, COSTA/000080/020-03(6172), carta de José María Esquerdo a Tomás Costa.

29 Dice Costa en la entrada de 20 de julio de 1877 de sus *Memorias*: “En Madrid viome un médico, Luis Simarro; me dijo que no tenga cuidado por el pecho, que lo cuide y desarrolle, y nada más”, *Memorias*, ed. cit., p. 272.

30 Helio Carpintero, “El Dr. Simarro y la Psicología Científica en España”, *Investigaciones Psicológicas*, 4 (1987), p. 196.



El doctor valenciano Luis Simarro Lacabra.

XIV Congreso Internacional de Medicina, celebrado en Madrid, le recomendaría tratamiento neurorrehabilitador con el doctor Frenkel en Heiden (Suiza).³¹

Simarro inició a Cajal en la técnica cromoargéntica de Camillo Golgi e ideó el método fotográfico de tinción con nitrato de plata.³² Ambos pugnarían por la cátedra de Histología de la Universidad Central de Madrid en 1892, que a la postre ganó Cajal. En 1902 obtuvo la de Psicología Experimental de la Facultad de Ciencias. Se le considera como el padre de la neurología y la histología españolas. Muy sensibilizado por los hechos de la Semana Trágica de Barcelona en 1909, escribió una extensa obra sobre el proceso a Ferrer Guardia, contra el que también protestó Costa.³³ Comprometido con la masonería desde su estancia en París, donde tuvo contacto con Nicolás Salmerón, Simarro fue nombrado gran maestro del Oriente Español en 1917.

Por su parte, el [doctor Eugenio Gutiérrez González](#) (1851-1914), nacido en Santander en 1851, hubo de ejercer como médico titular en Lamadrid, caserío cercano a Comillas. Allí conoció a los miembros fundadores de la ILE. Para conocer estos hechos nos serviremos del relato del farmacéutico Vicente Castán Gil, quien por entonces ejercía en la farmacia de esta villa.

31 AHPHu, COSTA/000101/104-01(9117), carta de Joaquín Costa a Luis Simarro, 18 de septiembre de 1903.

32 José María López Piñero, “La medicina y la enfermedad en la España de Galdós”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 250-252 (octubre de 1970 – enero de 1971), p. 668.

33 En el viaje a Madrid para el mitin contra la ley antiterrorista de Antonio Maura.

Tiene sentido citar aquí esta historia por cuanto Gutiérrez y Costa eran conocidos y amigos desde el comienzo de la fundación de la Institución Libre de Enseñanza y porque contribuye a enriquecer los aspectos biográficos y el ambiente en que se desarrollaron los hechos en aquellos años. Apuntaba Vicente Castán:

A pesar de los pocos años que yo tenía, podía calificarse de vieja la amistad que me unía a Joaquín Costa. Esta amistad encadenó otras que resultaron ser muy satisfactorias para mí. ¿Cómo fue? Parece un capítulo de novela; por eso haré un poco de historia. Por circunstancias que no son de explicar, me fui a ejercer la profesión de farmacéutico, allá por los años 1877 a 1879, a la provincia de Santander, en un villa tranquila y llena de atractivos para un carácter como el mío (Comillas). De paso para mi destino, trabé amistad en Madrid con el malogrado sabio naturalista don Augusto González de Linares, hijo de aquella provincia y oriundo del valle de Cabuérniga, en las cercanías de los Picos de Europa. Allí coincidimos durante las ascensiones que a estos conocidos montes atraen a muchos turistas ilustres. Costa, y luego Linares, recomendaron a don Manuel Bartolomé Cossío que me visitara, y a la vez me escribieron para que hiciese en obsequio de este joven lo que de mí dependiese. Cumplí gustosamente el encargo de ambos, y no pasaron muchos días sin que tuviera la satisfacción de poderle prestar un pequeño servicio, consistente en la extirpación de un golondrino. Las repetidas visitas estrecharon más la amistad con el ilustre joven, cuya aplicación era ejemplar. Al año siguiente, la confianza entre los dos ya era añeja.

Próxima a terminar la temporada veraniega, me trasladé por unos días a una barriada perteneciente al pueblo de Lamadrid,³⁴ residencia del médico don Eugenio Gutiérrez y González, que, aunque vivía en barrio distante del mío, no fue óbice para que tuviéramos frecuentes contactos de amistad. Él tenía su consulta en el barrio de La Iglesia —agrupación de diez o doce casas—, y yo tenía la oficina de farmacia en el barrio de La Venta, propiedad del ventero Eugenio. Mi casa lindaba por un lado con la carretera, y por el otro estaba la farmacia, sin que hubiese a derecha e izquierda otros caseríos que impidiesen extender la vista. Este punto era el más animado y concurrido de las ocho agrupaciones caseras que formaban el vecindario, y más, tratándose de la única carretera de los contornos. Mientras duró la sustitución de mi compañero de profesión, se fue estrechando mi amistad con el citado doctor y con doña Olimpia, su señora. Sin duda, porque Gutiérrez y yo teníamos ideas similares respecto al ejercicio profesional. De estas conferencias que manteníamos nació la idea de fundar un periódico que se tituló “Los Partidos Rurales”, y una asociación médico-farmacéutica formada por todos los que estábamos establecidos en el partido de San Vicente de la Barquera. Hubo beneplácito de todos los socios, hasta que quiso el destino que la mayor parte siguiéramos rumbos diferentes y lejanos a aquel entrañable terruño.

Durante las veladas nos congregábamos en la casa solariega de doña Rosario Lamadrid, enclavada en el barrio de La Hoya, llamado así por su situación, y también conocido por el del “Harinero”, por haber allí un molino que utilizaban todos los del contorno. Mediaba ya la noche cuando, después de aquellas reuniones, volvíamos a nuestras casas por senderos que se perdían en aquellos montes repletos de robledales. Próxima a esta hospitalaria casa, había una encina secular, modelo en su especie por su corpulencia, en cuya oquedad del tronco, a la que llamaban “La Boca del Lobo”, podían albergarse hasta media docena de personas, sirviendo este añoso árbol de hogar a los mendigos. A pesar de los fuegos que se hacían en su seno, no dejaba de dar ramas y frutos.

Don Eugenio era de elevada estatura, enjuto de carnes, dulce mirar y de afable sonrisa; condiciones estas que atraían a las gentes, a la vez que infundía respeto a los que consultaban. Su espaciosa habitación tenía mucha luz y ventilación, pues la casa estaba edificada sobre un promontorio que dominaba los demás poblados. Las rugosidades del terreno, escalonadas y repletas de arbolado, que le daban acceso le daban al conjunto el aspecto de una oronda señora. Sobre una mesa de castaño, limpia y bruñida, estaban esparcidos ordenadamente trócares, espéculos, sierras, bisturíes, etc.,

34 Ayuntamiento de Valdágila (Santander).

y cuanta herramienta es necesaria para intervenciones quirúrgicas. En otra mesa tenía un abundante arsenal de libros, revistas científicas y colecciones de láminas de piezas anatómicas. Daba remate a esta ornamentación, una vitrina pequeña que albergaba frascos con vísceras extraídas a los pacientes. Su estudio predilecto era el de la ginecología, a pesar de las pocas posibilidades que le permitía su ejercicio de entonces en este campo. No obstante, su animación no decrecía, pues era notorio el incremento de su reputación científica. En una palabra: existía el hombre de valía, y, si las circunstancias se le ponían a favor, no había duda de que llegaría a la meta. En caso contrario permanecería años y años en aquellas montañas que, a falta de encumbramiento personal, rebosaban amor, cariño y fraternidad, pues así era entonces —sin ofender a las demás— la provincia de Santander.

Al terminar la temporada de los baños de mar, mi profesor don José Díaz de la Campa y yo regresamos cada uno a su respectiva residencia, pero yo seguí manteniendo correspondencia íntima con el doctor Gutiérrez. Con las grandes mareas y los vientos otoñales coincidió la marcha de turistas, y los que quedábamos en la montaña santanderina procurábamos estrechar más los vínculos de amistad.

Al llegar el verano, una nueva pléyade de pacíficos invasores nos volvieron a honrar con su presencia aumentando los grupos de día en día. Los veteranos de otros años traían a los desconocedores de aquellos lugares, y mi oficina no era de las menos concurridas, tanto, que para evitar discusiones enojosas y, en vista de que los presentes eran de diversa naturaleza por su cultura, sus ideas, edad, etc., fue preciso establecer turnos y horas, y, sin que nadie lo advirtiese, llegaban unos y marchaban otros. Cierta día se presentó el señor Cossío acompañado de una señora y un caballero, que me presentó como su amigo don Bernardo Giner de los Ríos y su esposa doña Casimira Fuentes, paisana mía. Me pidió que les ayudase a encontrar una casa en condiciones para el veraneo del matrimonio y el de algunos parientes y amigos, y que, a ser posible, tuviera vistas al mar, ya que no era posible conseguirla cercana a la playa. La encontramos a gusto de todos,³⁵ pero ni sin pero, como suele decirse, pues los muebles eran escasos. Me dijeron que eso no era óbice, pues ellos improvisarían algunos, y en último caso se buscarían en casas vecinas. En efecto, yo vi construir divanes por cuatro pesetas que al fin de temporada se vendieron por dos. Las macetas, repletas de flores silvestres, no tenían nada que envidiar a los jarrones de porcelana de Sèvres o de Sajonia.

Pocos días después de estar instalados en aquella vivienda, de miradores cuyo horizonte tenía solo por límite dos inmensidades sublimes, y desde donde se oían claramente los bramidos de las olas al estrellarse contra las rocas, vino a ocupar una estancia reservada para él un señor que frisaba los cuarenta años, según se deducía por las canas que peinaba y que poblaban su negra barba. Era el maestro de maestros, el filósofo krausista don Francisco Giner de los Ríos, hermano de don Bernardo y de don Hermenegildo. Me lo presentaron, y los ofrecimientos de unos y otros se repitieron por doble motivo al hallarse en un país extraño por completo a sus costumbres. Yo me ofrecí gustoso a hacerles grata la estancia durante su permanencia en la villa comillana, modelo de belleza en su clase, situada sobre y tras un acantilado. Su playa, ceñida por una faja de pinos enanos, tenía en un extremo el diminuto puerto, el que mandara construir a sus expensas la reina Isabel la Católica, y al otro, azotada continuamente por las olas, estaba una fábrica de fundición de calaminas, explotada en abundancia por la Real Compañía Asturiana y la Compañía Francesa de Minas. Entre el puerto y la fábrica, elevada y circundada por una pequeña pradera, se destacaba la ermita de Santa Lucía, observatorio abierto de las gentes de mar. Por el lado opuesto al mar se elevaban edificios de aspecto notable que se construyeron para centros de enseñanza. Un poco más abajo se asentaba la iglesia parroquial, en cuya construcción intervinieron grandes y chicos, nobles y plebeyos, mostrando con ello la armonía que reinaba entre los habitantes. En sus cercanías estaban esparcidas, y rodeadas de jardín, diversas casas decoradas con distintos colores que pertenecían a varios socios de la Compañía Trasatlántica. No lejos de sus viviendas se alzaba la cimentación de la iglesia y seminario, recuerdo del Marqués de Comillas, y en los montículos y oquedades cercanas se veían las oficinas de la Compañía Francesa, la casa de Robacías, del señor Bustamante, y, más altas aún, varios palacios señoriales, alguno de los cuales fue ocupado durante todo un verano por don Alfonso XII.

35 La casa elegida estaba situada en San Vicente de la Barquera.

En esta villa, pues, enfermó de gravedad el ilustre filósofo. Como quiera que su fama era conocida, y la escuela a que pertenecía se apartaba de la de los levíticos comillanos, se formó una atmósfera de temor al tener que presenciar un caso nunca visto hasta entonces entre los que tenían creencias religiosas arraigadas. A medida que se agravaba la dolencia de don Francisco, la murmuración crecía, y el efecto que producía que no llamase a un sacerdote, parecía un ejemplo poco edificante. La fiebre aumentaba; los vómitos, los calambres y la diarrea se hacían más intensos. Sus hermanos estaban ausentes de la villa. Permanecía solamente la viuda de otro hermano fallecido en América. Había que tomar una decisión para eludir la responsabilidad moral, ya que yo era el único depositario de su confianza. Pero el propio don Francisco se encargó de sacarme del atolladero. Me llamó y me dijo:

—Por lo que veo, estoy grave. No temo morir, pero sí quisiera que usted, con la franqueza del aragonés, pusiera medios para sacarme de este aprieto, pues tengo en mi poder documentos de importancia que afectan a la Institución Libre de Enseñanza y quisiera que Linares o Cossío estuvieran presentes en el caso de mi fallecimiento.

Procuré animarle y prometí llamar a la mayor brevedad posible a los interesados y celebrar consulta con cuantos médicos amigos había en el contorno. En efecto, a la mañana siguiente rodearon el lecho los médicos doctor Correa, don Faustino González, Valle, don Eugenio Gutiérrez, y no recuerdo bien si Baroja³⁶ o algún otro. Examinaron detenidamente al enfermo, observaron los vómitos y las deyecciones, y fuera de la estancia hicieron el diagnóstico: *cólera nostras*.³⁷ El pronóstico, de no experimentar un cambio radical, era de presumir que sería funesto, pero no estaban agotados los recursos de la ciencia, y, por tanto, dentro de la gravedad había esperanza de salvarle. Penetré en la estancia del paciente, que esperaba con tranquilidad el dictamen, y le confirmé lo que habían dicho los doctores. Se aceleró en lo posible el regreso de los ausentes, y se hizo lo que era humanamente posible. Por fortuna, la ciencia domó el mal y don Francisco, después de algunos días, recuperó la salud perdida. Me confió la misión de pedir el importe de los honorarios a los médicos, y todos sin distinción, como si obedecieran a una consigna, me dieron la misma respuesta, y yo aproveché la oportunidad para reiterarles las gracias.

—Tratándose de usted, y de quien es maestro de otros —me dijeron—, nos honramos y nos sentimos retribuidos con haber servido al amigo y con haber contribuido a sacar a flote al enfermo.

Contrariado anduvo don Francisco al saber la respuesta, que agradeció con toda su alma, y no pudiendo insistir para no desairar ni herir susceptibilidades de los que así procedían, y deseando al mismo tiempo manifestar gratitud no solo con palabras, quiso que le orientara sobre los afectos o inclinaciones de cada uno para ver si podía favorecerles en algo. Cada uno da lo que tiene, o lo que más estima, cuando de gratitud se trata, y el hombre de ciencia cree que no hay nada de tanto valor como la ciencia misma. Así pues, don Francisco tomó nota de las obras que podía regalar a cada uno de los doctores. Al llegar el turno al doctor Gutiérrez, hizo una pausa antes de decidir.

—Este señor —me dijo—, juzgo que es hombre de porvenir. No sé qué poder atrayente tiene, ni por qué se me figura que debiera buscar otros horizontes más anchos que las montañas en relación con la ciencia que cultiva. Me dice usted que sus estudios predilectos son los ginecológicos. Se me ocurre que lo anime usted a que se dé una vuelta por Madrid, que por mi parte yo me encargo de ponerle en contacto con don Federico Rubio para que vea qué partido le puede sacar.

Le prometí cumplir esta misión en cuanto hubiera ocasión de hacerlo. Fueron reiteradas mis instancias animándole a dejar, aunque no fuera más que temporalmente, el pueblo de Lamadrid, y le decía que, si no le satisfacía el viaje, nada perdía con volver a la montaña. Para un hombre modesto como él, cuyas aspiraciones eran vivir entre aquellas gentes sencillas, no era de extrañar la violencia que le producía tal posibilidad, pero estaba casado, y las señoras, por muy bondadosas que sean, tienen en su ser un cierto deseo de mejora social, y era bien cierto que doña Olimpia, por más que fuese

36 Debía de tratarse de diversos médicos del contorno. No se confunda con el escritor Pío Baroja, médico también, nacido en 1877.

37 Llamado así (*cólera europeo* o *cólera nostras*) para distinguirlo del cólera asiático, causado por el vibrión colérico. Sinónimo de gastroenteritis aguda de mal pronóstico.

hija de Cabezón de la Sal, tenía en sus venas el germen de la curiosidad de lo desconocido. Sucedió lo que era de presumir: los sermones entre sábanas borraron los escrúpulos de don Eugenio, y se fue a la Corte a probar fortuna.

Tan pronto como lo vio, don Francisco cumplió su promesa, y la entrevista con don Federico confirmó a este que era acertado el concepto que se había formado de aquel médico. El doctor Rubio debió encontrar en él condiciones excepcionales, pues no tardó en convertirse en su ayudante predilecto, y más tarde en sucesor en la dirección de su sanatorio. Tanto creció la clientela y la reputación de su valía, que su fama llegó a Palacio, llegando como médico a ocupar el primer puesto en la regia estancia hasta el día en que falleció.

Me complace escribir estos datos de mi amigo, el doctor Gutiérrez, para que su ejemplo sirva de acicate a la juventud estudiosa, y que vean cómo la ciencia se abre paso cuando se tiene por norma hacer el bien a los semejantes.

Para terminar, quiero asimismo hacer constar cómo yo también recibí recompensa de aquellos señores Cossío y Giner por lo poco que hice en su obsequio. Recorrían ambos a diario la playa y la empinada cuesta en busca de plantas y flores para adornar su mesa. En uno de estos días me fui a tomar el baño acostumbrado mientras ellos hacían acopio para embellecer sus macetas. Debí prolongar demasiado la estancia en el mar; el caso es que, cuando me secaba para vestirme, me dio un vahído y rodé por las rocas yendo a dar en una hoya de arena húmeda. Los rasguños que me hice en la cabeza ensangrentaron todo mi cuerpo. Cayó la cabeza en la hoya, y el peso hacía más grande la pequeña charca. La profundidad debía ser paulatinamente más grande, puesto que tragué agua salobre, y es posible que lo pasara muy mal si no hubieran llegado en mi auxilio mis amigos, quienes estaban ya de regreso. Me recogieron, me limpiaron y me vistieron. Me condujeron del brazo hasta mi casa, y, con cariñosa solicitud, estuvieron a mi lado hasta dejarme completamente tranquilo.³⁸

Eugenio Gutiérrez hizo en esta época diversos viajes a París, donde se estuvo formando en histología con Louis-Antoine Ranvier y en ginecología con diversos especialistas. Y, en efecto, cuando llegó a Madrid se unió a Federico Rubio desde junio de 1880. Se lo había presentado Giner, tal y como había prometido a Vicente Castán. Lo valoró positivamente desde un principio y, a partir del decreto de creación del Instituto Rubio, apareció como encargado de los análisis histológicos y adscrito a Ginecología.³⁹ Con el tiempo sería el sucesor de Rubio, fue académico de la Real de Medicina en 1893 y se convertiría en el ginecólogo de la reina, supongo que con éxito, pues su actuación le valió el ennoblecimiento con el título de conde de San Diego.

Estando ya Costa retirado en Graus, fue consultado por Eugenio Gutiérrez a propósito de problemas legales en relación con la tutoría que debía ejercer de una menor.⁴⁰ Es de suponer que este tipo de consultas se las harían con frecuencia los amigos de la Institución.

El doctor Gutiérrez falleció a los sesenta y tres años, el 22 de julio de 1914.⁴¹

El encuentro de Costa con el célebre [doctor Charcot](#) (1825-1893), Jean-Martin Charcot, debe encuadrarse en estas circunstancias, pues fue en aquel verano de 1882 cuando Costa decidió velar en serio por su salud. Hubo médicos en la ILE que le asesoraron, entre ellos Simarro y Esquerdo. Charcot estaba entonces en la cúspide de su celebridad. Era el amo incontestable de

38 *Memorias* de Vicente Castán Gil. Archivo de la familia Castán.

39 Ángel Pulido, *Mi aportación al Instituto Rubio*, Madrid, Enrique Teodoro, 1915, pp. 14-15.

40 AHPHu, COSTA/000036/002-13(3347), carta de Eugenio Gutiérrez a Joaquín Costa.

41 Como puede consultarse en la magna monografía del doctor Valentín Matilla Gómez *202 biografías académicas*, Madrid, Real Academia Nacional de Medicina, 1987.

La Salpêtrière. Desde muy joven había comenzado a trabajar en aquel hospital, en el que había organizado la primera clínica neurológica moderna y la había dotado de los medios técnicos más avanzados de la época. En el campo de la neurología —su especialidad— aplicaba el pensamiento anatomoclínico, es decir, aquel que conectaba los síntomas y los signos clínicos con los hallazgos en las autopsias de las lesiones responsables. De aquel modo había podido aclarar el cuadro de la tabes dorsal, el de la poliomielitis y el de la distrofia muscular progresiva. La esclerosis lateral amiotrófica había recibido el nombre de *enfermedad de Charcot*. Otro tanto le pareció que ocurriría con la histeria y el hipnotismo, que le llegaron a apasionar hasta el punto de organizar unas sesiones clínicas —*leçons du mardi*— a las que asistía lo más selecto de la intelectualidad de París. El espectáculo de las pacientes seleccionadas haciendo el *arc-en-ciel* típico de la histeria atraía el morbo de artistas y escritores. El trabajo de los médicos de Nancy, con Hippolyte Bernheim a la cabeza, se encargaría al año siguiente de demostrarle que su espectáculo carecía de base científica y le hizo reconocer la existencia de enfermedades sin base orgánica aparente.

El caso de Costa debió de interesarle hasta el punto de considerar necesario hacerle una fotografía de espaldas, con el torso desnudo, en la que quedan patentes las atrofas musculares. Sin duda alguna, la consulta de Charcot era el lugar más adecuado de toda Europa para hacer el correcto diagnóstico de su dolencia. Su situación comenzaba a ser desesperada. Refiriéndose a aquella época, en carta al doctor Laureano Rosso le hacía las siguientes manifestaciones:

Graus 16 Julio 1908

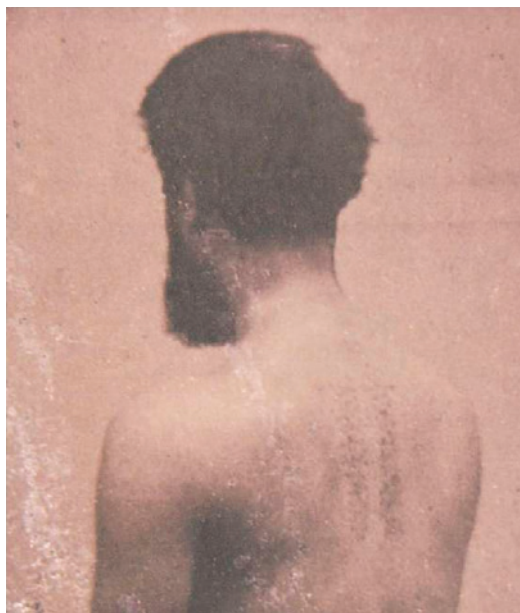
Mi respetable amigo:

Afección hereditaria (hay o ha habido en la parentela otros congéneres afectando al sistema neuro-psíquico). Empieza a manifestarse de manera apreciable a la edad de 25 o 28 años. Progresiva insensiblemente durante varios años. Después parece detenerse. Desde hace como diez años vuelve a avanzar y acentuarse, efecto de la edad, del trabajo cerebral forzado, de grandes sufrimientos morales, etc.

Debilidad general: faltan en el tronco los serratos; el omoplato derecho desprendido en parte, el hombro caído, pierna derecha más larga que la izquierda por relajación de los tendones de la rodilla. Faltan los músculos flexores y no sé qué otros en pie y pierna del lado derecho, debilidad en los del lado izquierdo. Para poder andar, tocando el suelo con la punta de los dedos del pie, incurro en peligro de tropezar con cualquier pedruzuela y caer (he caído varias veces, necesito llevar cierta manera de botas ortopédicas; sin ellas, ni un paso, etc.).⁴²

Ese era el cuadro clínico que había presentado a Charcot, tal vez un poco menos agudizado o deteriorado si tenemos en cuenta que contaba entonces con treinta y seis años. El eminente neurólogo, después de una minuciosa exploración, no tardó en establecer el diagnóstico. La afección no era nerviosa, no procedía de la médula, no era una esclerosis lateral amiotrófica. El mal radicaba en el músculo: se trataba de una distrofia muscular progresiva, pero de naturaleza más benigna que la que había descrito Duchenne de Boulogne en 1868. Posteriormente, en 1884, Wilhelm Heinrich Erb publicó la forma juvenil escapulo humeral. También en 1884 Louis Landouzy y Joseph Déjerine describieron otra forma de distrofia que

42 Archivo Joaquín Costa de Graus.



Ferrotipo de la espalda desnuda de Joaquín Costa realizado con fines médicos hacia 1890. (AHPHu, COSTA/000056/011-06)

llamaron facioescapulohumeral por los grupos musculares afectados. La diferenciación con la miopatía distal no vendría hasta 1902, a cargo de William Gowers, que la distinguió de la atrofia muscular peroneal de Charcot-Marie-Tooth. La distrofia miotónica de Steinert fue diferenciada de la miotonía congénita o enfermedad de Thomsen.

Como puede comprobarse, el desarrollo de la enfermedad de Costa coincidió, pues, con los avances clínicos que sirvieron para pasar a un conocimiento más racional sobre su génesis; por desgracia no sucedería lo mismo con el tratamiento, que hasta los días actuales sigue sin ser satisfactorio. Costa, al fin, después de mucha insistencia, había accedido a la sugerencia de Simarro. En la ILE era apreciado sinceramente por todos, y todos esperaban que Costa fuese a París. Torres, en una carta, le daba indicaciones para localizar a Charcot.⁴³

Existen datos de la fecha en que fue Costa a París con el fin de ser visitado por el doctor Charcot. En la conversación ya citada que mantuve con Antonio Ortega Costa hace unos quince años, me facilitó una fotocopia y me hizo saber que, en su opinión, tuvo que ser en el mes de julio de 1882 cuando su abuelo realizó este viaje. Más tarde hemos tenido acceso

43 “Amigo Costa: Charcot vivía en Quai Malaquais, 17. Tal vez lo más seguro sería dirigirse a la Facultad de Medicina, donde es profesor, o a La Salpêtrière. Sale al campo los veranos, pero creo que más tarde. Podría de todas maneras ir a buscarlo donde esté. Para cosas nerviosas no vea Ud. a otro... Le ruego pida mañana a Rodríguez *Los viajes en zig-zag* de Topten (Topffer) (letra más, letra menos, escribo según la pronunciación). Suyo, Torres”.

BULLETIN D'ARRIVÉE

ORDONNANCE DE POLICE qui enjoint aux Maîtres d'Hôtels d'inscrire dans l'ordre ci-dessous les personnes qui couchent chez eux, même une seule nuit.

M

Vous êtes invité à remplir ce bulletin.

Date _____ Chambre N° _____

N° de famille: *Luzuriaga Torrealba*

Prénoms : _____

Age: *30*

Qualité ou Profession: *ouvrier*

Lieu de naissance : *Madrid*

Département: _____

Domicile habituel : *D.*

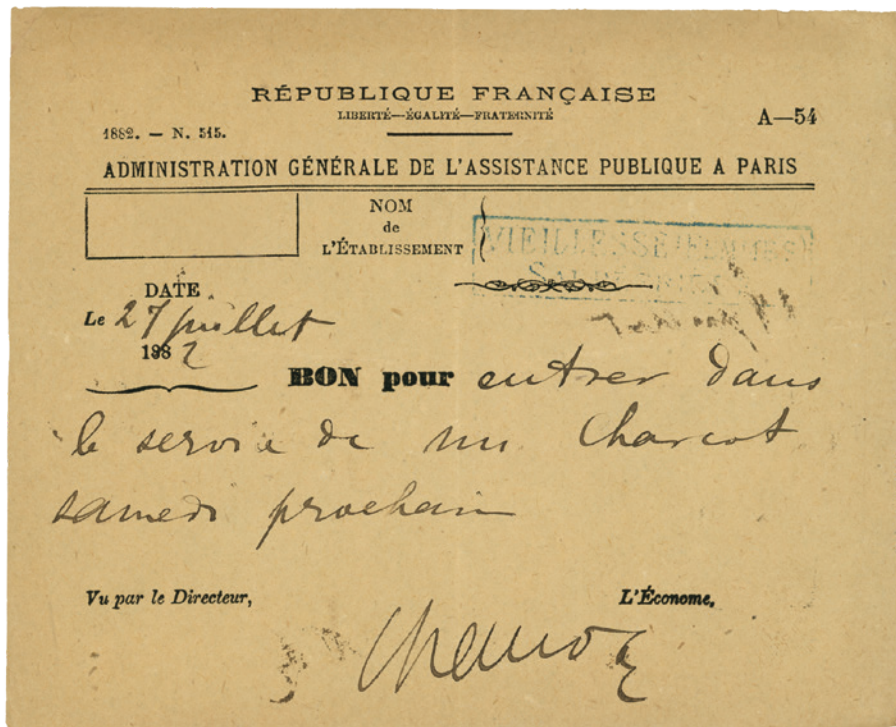
Dernière demeure : *D.*

Papiers de sûreté } *Passaport*
dont on est porteur. }

Avec ou sans papiers: *D.*

Paris - Typ. VERT AULÉ

Registro de la llegada de Joaquín Costa al hotel donde se alojó en París en 1882. (AHPHu)



Bono de la Administración General de Asistencia Pública de París con el que Joaquín Costa accedió a la consulta del doctor Jean-Martin Charcot. (AHPHu)

a unos documentos que lo confirman; así, en circular fechada en Madrid en julio de ese año, podemos leer:

El rector de la Institución Libre de Enseñanza ruega a los señores profesores y funcionarios de instrucción pública y privada que presten ayuda a don Joaquín Costa, profesor de la Institución y miembro correspondiente de la Real Academia de Historia, en los estudios que se propone hacer en el extranjero. Firmado: El Rector, Francisco Giner, y el Secretario, Hermenegildo Giner de los Ríos.⁴⁴ [La traducción es nuestra]

En el registro del hotel parisino, por razones que desconozco, Joaquín Costa utilizó el nombre figurado de *Joachim Foucault*, de treinta y seis años (edad real), obrero de profesión y Madrid como lugar de nacimiento, domicilio habitual y última estancia.⁴⁵ Asimismo, Costa era

44 AHPHu, COSTA/000007/013-01, carp. 13.1.

45 AHPHu, COSTA/000053/009-18, carp. 9.18.

portador de un bono de la Administración General de Asistencia Pública de París extendido el 27 de julio, que servía para “entrar en el servicio de M. Charcot el sábado siguiente”.⁴⁶ En el apartado del lugar al que se le remitía puede leerse, con dificultad, la marca de un sello: “VIEILLESSE HOMMES”. Evidentemente esto solo servía a modo de clasificación y derivación del sistema público de salud, pues, como se ha dicho, entonces tenía treinta y seis años.

De modo que podemos concluir que Costa, siempre escaso de dinero, recurrió a la asistencia pública, ya entonces gratuita, y no a la consulta privada que Charcot tenía en Faubourg Saint-Germain. El primitivo Hôpital Pitié-Salpêtrière había sido dividido en tres partes: La Pitié para los niños, La Salpêtrière para las mujeres y Bicêtre para los hombres (“VIEILLESSE HOMMES”). La visita, pues, con toda certeza, tuvo lugar en la sala de Charcot del Hôpital Bicêtre. Tomo de Axel Munthe datos sobre el ambiente que se desarrollaba en el hospital y el retrato que hace de Charcot:

Enfermos de todo el mundo llenaban su sala de consulta. A veces esperaban semanas enteras para ser admitidos en el santuario interior en donde se hallaba sentado cerca de la ventana de su biblioteca. Bajo de estatura, con tórax de atleta y cuello de toro, era un hombre que imponía de repente. De rostro pálido y afeitado, frente baja, ojos fríos y penetrantes, nariz aguileña, labios sensuales, tenía una faz de emperador romano. Cuando se encolerizaba, el brillo de sus ojos era tan terrible como el rayo. [...] Su voz era imperativa, dura, a menudo sarcástica. El apretón de su mano pequeña y gruesa era muy desagradable. Tenía pocos amigos entre sus colegas; era temido de sus enfermos y de sus ayudantes, para los cuales rara vez tenía una frase amable de estímulo a cambio de la sobrehumana cantidad de trabajo que les imponía. Se interesaba muy poco por sus enfermos, desde el día en que pronunciaba el diagnóstico hasta el día de la autopsia. Era el tirano supremo de toda la Facultad de Medicina. [...] Como sucede a todo especialista de enfermedades nerviosas, le rodeaba una guardia de señoras neuróticas, idólatras a todo trance. Por suerte suya, era del todo indiferente a las mujeres. Su único reposo en medio del incesante trabajo era la música. A nadie estaba permitido decir una palabra de medicina durante sus veladas musicales de los jueves. Beethoven era su favorito. Quería mucho a los animales. Todas las mañanas, cuando bajaba del landó, en el patio interior de la Salpêtrière, sacaba del bolsillo un trozo de pan para sus dos viejos rocines.⁴⁷

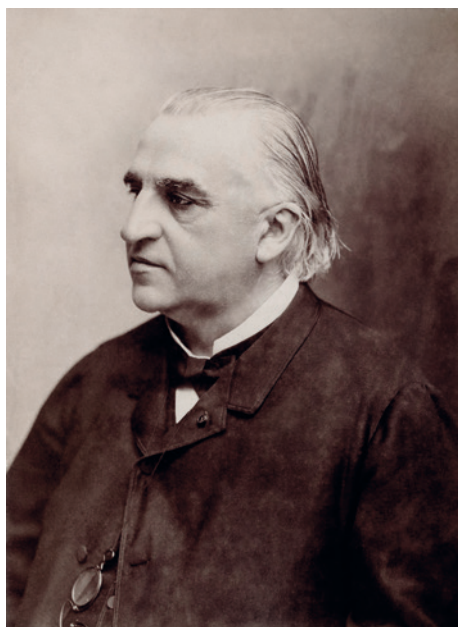
En la misma carta mencionada con anterioridad, dirigida al médico malagueño Laureano Rosso, le decía Costa lo siguiente:

[...] prescripción de Charcot: nitrato de plata (uso interno), comezuelo de centeno, electricidad a diario, termocauterío semanal a ambos lados de la columna vertebral, masaje y alguna ducha... A los seis meses de tratamiento (Dr. Buisen) ni un solo filete muscular había reaccionado ni iniciado el menor movimiento: en algunos debía haber sobrevenido la degeneración grasienta. Vigouroux confirmó el deséxito y no tuvo cosa nueva que recetar.

Estas declaraciones de Costa suponen una vuelta a París hacia enero o febrero del año siguiente, coincidiendo casi con el nacimiento de su hija, Pilar Antígone. Es de imaginar el sentimiento de decepción ante la convicción plena de que no existía ningún recurso terapéutico

46 *Idem.*

47 Axel Munthe, *La historia de San Michele*, Madrid, Juventud, 1937, pp. 206 y 218.



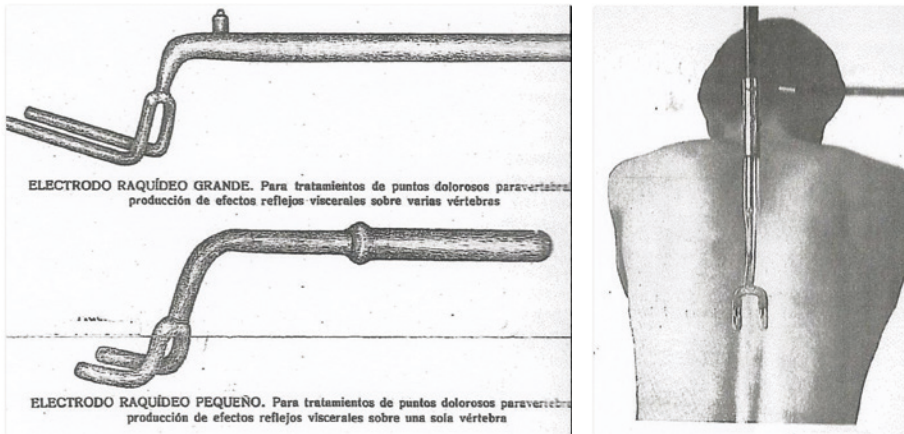
El célebre doctor parisino Jean-Martin Charcot.

efectivo para su mal. A pesar de ello durante esta época continuó con un trabajo intelectual febril. Son, básicamente, los años dedicados a la actividad colonialista y a la preparación de varios libros de derecho.

A su regreso a Madrid, en agosto, Giner le felicitaba por carta por haberse resuelto al fin a ser visitado por Charcot, tal y como deseaban ardientemente esperanzados sus amigos de la ILE.⁴⁸

Costa volvió con este tratamiento a España decidido a seguirlo con la pulcritud científica que lo caracterizaba. La electroterapia se venía usando desde el siglo anterior. Los descubrimientos de Luigi Galvani y Alessandro Volta relacionados con la fisiología animal despertaron muchas esperanzas de curación en el mundo de la medicina. El uso de estimulaciones eléctricas en parálisis musculares se había extendido rápidamente en el siglo XVIII en manos de Christian Kratzenstein (1723-1795) y Giovanni Francesco Pivati (1689-1764), y, a pesar de los pobres resultados en patologías similares a la de Costa, se siguieron utilizando hasta bien entrado el siglo XX con las mismas indicaciones. En Madrid la electroterapia tenía un destacado representante en la persona de Serafín Buisen, responsable del departamento de esa especialidad en el Instituto Rubio.

48 AHPHu, COSTA/000007/013-02(0682), carta de Francisco Giner de los Ríos a Joaquín Costa, 4 de agosto de 1882.



Instrumental para electroterapia raquídea igual o similar al utilizado en el tratamiento de Joaquín Costa.
Tomado del blog de Tomás Cabacas "Mónico Sánchez Moreno en el Museo de Historia de la Medicina de Zafra"
<<http://tomascabacas.com/>>

En cuanto al **doctor Buisen**, Serafín Buisen y Tomaty, fue un reputado electroterapeuta y médico encargado del departamento de electroterapia del Instituto de Terapéutica Operativa del doctor Rubio en el Hospital de la Princesa. A su vez, era el director del gabinete electroterapéutico de la Casa de Socorro del distrito de Buenavista, en la calle Barquillo, costado por el Ayuntamiento de Madrid, que había sido inaugurado el 21 de diciembre de 1882.⁴⁹ Presentó en el Congreso Médico de Sevilla de aquel mismo año un caso de curación de corea mediante electroterapia. Era un médico de reconocido prestigio en Madrid, donde falleció en 1904.

A la vuelta de París, Costa fue tratado en su departamento de acuerdo con las instrucciones del doctor Charcot. Tal como él mismo refiere en su carta a Laureano Rosso, al sexto mes no había encontrado mejoría alguna; antes al contrario, creía Buisen posible que apareciese degeneración grasa en el tejido muscular.

Del **doctor Vigouroux**, Marie-Gabriel-Romain Vigouroux (1831-1911), cabe decir que fue un famoso neurólogo y electroterapeuta. Considerado como el sucesor de Guillaume Duchenne y colaborador de Charcot en La Salpêtrière.

El caso es que la falta de respuesta al tratamiento motivó la vuelta de Costa a París en fecha no precisada. Charcot ya había emitido su diagnóstico e indicado su tratamiento. Probablemente el paciente carecía ya de interés para él, de modo que a partir de entonces se haría cargo de Costa su colaborador Vigouroux, en esta ocasión en consulta privada.

El tratamiento, existente en documento autógrafa, fue el siguiente:

49 Luis Errazquin Sáenz de Tejada, *Historia de la electroterapia en España durante los siglos XVIII y XIX*, tesis doctoral, Facultad de Medicina de la Universidad de Sevilla, 1987, p. 285.



Lección clínica en La Salpêtrière, óleo de Pierre-André Brouillet de 1887 en el que se muestra a Jean-Martin Charcot en una de sus lecciones clínicas a sus alumnos. Entre ellos, a la izquierda, con bigote y bonete, Marie-Gabriel-Romain Vigouroux. (Musée d'Histoire de la Médecine, Universidad de París V Descartes)

1. Prácticas regulares de hidroterapia.
2. Puntas de hierro [sic] (para termocauterio) sobre el raquis. Muy superficiales, en número de 40 a 50 por aplicación una vez por semana.
3. Faradización y galvanización de los músculos enfermos. Galvanización del raquis tres veces por semana.
4. Tratamiento interno del siguiente modo:
Durante un mes, tomar una vez al día, en la comida uno de los siguientes papelillos:
Polvo de ergotamina preparado en fresco 30 centigramos
H. s. a.⁵⁰ treinta papelillos iguales.
Al mes siguiente tomar a diario en el momento de la comida una de estas píldoras:
Acetato de plata cristalizado 30 centigramos
H. s. a. treinta píldoras.

Firmado: R. Vigouroux

Antes de regresar a Madrid consultó con Simarro, que estaba viviendo en París desde 1880, para informarle del tratamiento. No hemos podido encontrar ninguna nota sobre la evolución y hay que suponer que se pondría en manos de Buisen en lo tocante a electroterapia. También desconozco si continuó el tratamiento con Vigouroux y si lo volvió a visitar, aunque supongo que no. Curiosamente el médico francés falleció el mismo año que Costa.

50 Hágase según arte.

De Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) no es propósito de este artículo extenderme en su biografía, ya suficientemente conocida, sino tratar de relacionar su peripecia vital con la de Costa, ver los puntos de contacto y de fricción, así como las coincidencias ideológicas y los puntos de vista. La estancia de ambos en Madrid, con la influencia cercana o inmediata de otras personalidades referidas en este estudio, tales como Giner de los Ríos, Federico Rubio, Eugenio Gutiérrez, Luis Simarro, Manuel Bartolomé Cossío, etcétera, es determinante para la participación de un hecho social, científico y cultural de corte regeneracionista que impregnaba el ambiente universitario. Sin embargo, con objeto de situar cronológicamente al lector, haré un breve esbozo de los momentos más descolantes de nuestro científico más importante de la época.

Cajal y Costa coincidieron en el Instituto de Huesca en distintos cursos durante el bachillerato, entre 1863 y 1869. Tomás Costa conservó entre los papeles de su hermano un homenaje que realizó el Instituto General y Técnico de Huesca en honor de ambos exalumnos el 4 de mayo de 1922.⁵¹ Trasladada la familia Cajal a Zaragoza en 1870, inició Santiago estudios de Medicina con dieciocho años, de los que se licenciaría tres años después, en 1873.⁵² Esta reducción de años de carrera, propiciada por Manuel Orovio, hacía que los recién licenciados tuviesen en ocasiones dieciocho y diecinueve años (véase el caso de Andrés Martínez Vargas). La especialidad y el doctorado se realizaban después. Las especialidades, eso sí, eran escasas: Obstetricia y enfermedades de la mujer y de los niños,⁵³ Medicina Legal y Toxicología, Higiene Pública, etcétera.

Hizo Cajal oposiciones a sanidad militar y con el grado de capitán fue enviado en 1874 a Cuba, de donde volvió deprimido y gravemente enfermo de paludismo en 1875. Ganó la cátedra de Anatomía Descriptiva y General de la Universidad de Valencia en 1883, en 1887 la de Histología en la de Barcelona y en 1892 la misma en la Universidad Central de Madrid, en pugna con Simarro. Ya sabemos que este último fue quien le comunicó la técnica descubierta por Golgi de la tinción cromoargéntica, sin que ello le privase de dignos merecimientos para la obtención del Premio Nobel en 1906 por sus estudios sobre la neurona. En 1907 presidió la Junta de Ampliación de Estudios de la Institución Libre de Enseñanza.

Siguiendo a Vicente Martínez Tejero,⁵⁴ diremos que existía una fuerte influencia entre Cajal y Costa, así como una gran comunión de gustos e ideología; llegaba esta a extremos tales como la afición a la jota aragonesa y la condición antitaurina de ambos. El interés científico de Costa y su curiosidad por el conocimiento universal hacían que leyese hasta los tratados de histología de Cajal,⁵⁵ al tiempo que este estaba constantemente interesado en la obra y los movimientos

51 AHPHu, COSTA/000056/011-04, carp. 11.4.

52 Vigente el Real Decreto de 7 de noviembre de 1866 sobre Medicina y Farmacia, las asignaturas se cursaban en tres años: 1.º Física, Química e Historia Natural; 2.º Anatomía Descriptiva, Fisiología, Higiene y Terapéutica, Farmacología, Arte de recetar y Anatomía Patológica; 3.º Patología General, Patología Médica, Patología Quirúrgica y Clínicas.

53 La pediatría aún no estaba deslindada de la obstetricia. Las distintas especialidades irían naciendo como tales a partir de estos años.

54 Vicente Martínez Tejero, "Notas sobre el desencuentro entre Joaquín Costa y Santiago Ramón y Cajal", *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 27 (2013), pp. 281-296.

55 Prueba de dicho interés es esta nota de Cajal que acompañaba un libro en obsequio de Costa: "Amigo Costa: Ayer se le remitió a Suárez el último cuaderno de *Centros nerviosos* (correspondiente sobre poco más o menos a la 2.ª parte del volumen 2) y el pequeño folleto *Consideraciones sobre la morfología de la célula nerviosa*.

políticos de aquel. Las divergencias comenzaron con la Unión Nacional (1900), agrupación política fundada por Costa con la que en un principio Cajal mostró entusiasmo para luego apartarse. Posteriormente, en 1902, manifestaría algunas reticencias al discurso de Costa en el Ateneo con respecto al caciquismo, pues no coincidía por completo ni en el diagnóstico ni en el tratamiento del problema. Y ya en 1903 Cajal vuelve a decepcionar a Costa con su no adscripción a Unión Republicana, pese a su conocida ideología. Estos tres aspectos parecen ser las causas más notables del alejamiento entre los dos sabios aragoneses.⁵⁶

Al glosar la figura de ambos me resulta inevitable resaltar las graves diferencias en cuanto a su peripecia personal, notablemente favorable para Cajal, quien vio completada su vida afectiva desde su más temprana juventud con una esposa —doña Silveria Fañanás— que lo seguía hasta el fin del mundo si fuera preciso, que respaldaba y animaba sus estudios y con la que tuvo numerosa prole. Su trabajo científico y su estudio se vieron premiados con las cátedras y con abundantes distinciones nacionales e internacionales, coronadas con la concesión del Premio Nobel. En fin, una vida cotidiana saludable hasta la longevidad, bien remunerada en sus fases avanzadas, con propiedades inmobiliarias de disfrute habitual, vacaciones en Santander, etcétera. A Costa, por el contrario, le fueron vedadas las cátedras, la vida placentera familiar que tanto ansiaba, la salud y los premios, y tuvo una existencia de economía precaria hasta el fin de sus días. Es cierto que cabría analizar las causas que lo condujeron a ese estado; entre ellas no sería la menos importante la exigencia para sí mismo y para los demás, que, unida a su enfermedad, lo llevó a una situación perpetua de fiera inadaptación y sufrimiento. Pero lo cierto es que así se desarrolló su vida.

Y pasamos al **doctor Chabás** (1877-1963), José Chabás Bordehore, que fue un médico e historiador valenciano. Eminente tisiólogo, relacionaba la incidencia de la tuberculosis con la pobreza y la desigualdad social. Resulta grato glosar la figura de este olvidado profesional que, con su elevado grado de compromiso social, rechazaba el ejercicio de la caridad y la resignación en beneficio de la justicia y el derecho a la salud. Colaboró con diversos diarios valencianos y fue director de la revista *La Salud Pública. Revista de Higiene y Tuberculosis*. Delegado oficial del Gobierno español, acudía a muchos congresos internacionales de salud pública representando a España y al rey Alfonso XIII, y por su categoría profesional fue presidente del Colegio de Médicos de Valencia.

Afiliado a la Agrupación Socialista de Valencia y a la UGT, durante la Guerra Civil participó en la fundación del Sindicato Médico de Valencia. Al finalizar la guerra fue detenido, encarcelado, sometido a expediente de depuración y desterrado; falleció en Barcelona en 1963.⁵⁷ Esta condición hizo que su figura y sus grandes aportaciones a la higiene y la salud

Cuando algo mío le interese a V., pídamelo directamente y se lo enviaré de regalo. Ahí le remito a V. un pequeño libro de entretenimiento escrito hace algunos años y no publicado aún, aunque impreso a fines del pasado año. Nada en él es digno de ser leído. Lo menos malo y algo serio son los dos últimos cuentos donde hallará V. algunas ideas pedagógicas, y algo que apunta hacia los derroteros positivos de la resurrección nacional. Sabe que le quiere de veras, su afectísimo amigo. S. R. Cajal. Madrid, 13 de octubre”.

56 Vicente Martínez Tejero, art. cit., p. 282.

57 “José Chabás Bordehore”, en *Biografías de la Fundación Pablo Iglesias* [https://www.fpabloiglesias.es/archivo-y-biblioteca/diccionario-biografico/biografias/4147_chabas-bordehore-jose; última consulta: 20/6/2019].

pública quedasen completamente oscurecidas en los círculos médicos oficiales del franquismo.⁵⁸

La relación entre Costa y Chabás parte de la amistad que aquel tenía con su tío, el historiador Roque Chabás, canónigo de la catedral de Valencia, al que agradecía sus aportaciones al estudio del *Colectivismo agrario*. Su primera entrevista debió de efectuarse en 1900, en Madrid, cuando Costa tenía su despacho y domicilio en la calle Barquillo, n.º 5. Posteriormente, en 1902, se encontraron en uno de sus frecuentes viajes a Madrid. Se desprende del relato de aquel momento que la figura de este joven médico idealista despertó de inmediato las simpatías del enfermo escritor y que se desarrolló a partir de entonces una relación amistosa fundamentalmente epistolar. Se obtiene esta información de las declaraciones de José Chabás en una conferencia en la Academia de Ciencias Médicas. A lo largo de la misma hizo un bosquejo biográfico que nos da al mismo tiempo una descripción del aspecto de Costa en aquella época:

Quando le conocí tendría unos 55 años. De mediana estatura y complexión, resaltaba en él su cabeza grande, de pelo gris, abundante y ensortijado, barba cuadrada y larga; ojos relativamente pequeños y grises, cuya mirada nimbada por su fruncir de cejas al atender, revelaba una profunda penetración cerebral para oír o escribir. Completaba el cuadro su voz gruesa, fuerte, que al exaltarla hizo célebre el calificativo de rugido del León de Graus, su pueblo natal.⁵⁹ Contraste: sus manos y pies eran, sin embargo, de una pequeñez chocante. Años y años que apenas podía andar, y él, tan ávido de sabiduría, de información, se rebelaba contra su gran mengua de movilidad y asperizaba ello su carácter, pero en la conversación de amistad grata, era muy afable, muy educado, atractivo [...].⁶⁰

Pasó después Chabás a hacer breves reseñas, a señalar párrafos significativos de entre las docenas de cartas que poseía de don Joaquín desde 1902 a 1909, en las que le contaba la situación de su enfermedad y la escasa o nula esperanza que tenía de mejorar. A través de estas cartas podemos conocer algunos puntos de vista de Costa sobre la sanidad y la higiene:

Mi querido amigo doctor Chabás:

Mil gracias por las Memorias del Congreso Internacional de Tuberculosis de París. Sigo recibiendo su revista, y veo con gran satisfacción sus campañas coadyuvando eficazmente a la gran obra humanitaria y patriótica de los Moliner, Tolosa Latour, Verdes Montenegro, Pulido, Royo Villanova, Espina y Capó, etc., y poniéndose en fila con ellos. [...]

Pienso que el problema de la tuberculosis es, efectivamente, en un aspecto problema social, que por derecho natural la vida media debe repartirse equitativamente entre todos, sin que la mortalidad haya de ser para los unos —cabalmente los útiles— del 35 por 1000, mientras para los “fainéants”⁶¹ es del 19; que debe irse ya pensando en agregar a los programas de gobierno el principio de la inspección y curación obligatoria por el Estado, con igual razón que el de asistencia obligatoria en las escuelas, y con más razón que el del servicio militar obligatorio; que la clave de todo (curación lo mismo que profilaxis) estriba principalmente en aumentar a todo trabajador su

58 Así, es inútil buscarlo en la *Historia universal de la medicina* de Pedro Laín Entralgo.

59 Error de Chabás. Es sabido que Costa nació en Monzón.

60 “Don Joaquín Costa, precursor y actuante de la Generación del 98”, conferencia en la Academia de Ciencias Médicas, 12 de marzo de 1954, y “Confidencias orales y epistolares”, *Medicina Clínica*, tomo xxii, 6 (1954), pp. 422-425.

61 ‘Holgazanes’.

ración de oxígeno, de pan y de descanso, al par que luz en la habitación y en el cerebro; y que sin esta base los remedios específicos resultarán a la postre ineficaces.

La satisfacción de esta necesidad, la conquista y realización de aquel derecho, componen programas más que suficientes para justificar por sí solos una revolución en el Estado. Suyo devotísimo.

Joaquín Costa
Graus, 22 de Octubre 1905

En otra carta aprobaba por completo la publicación del folleto *Medicina política y social*:

La doctrina de la higiene social, de la patología social, de la terapéutica social, está ya admitida en la ciencia del derecho y la sociología. [...] Ya traté algo de ello en 1876 en mi *Vida del derecho*. En otros autores y en la información del Ateneo sobre mi *Oligarquía y caciquismo* [...]. El regenerador ha de ser un médico cirujano político [...].

Febrero 1900

Hacía referencia Chabás a varias cartas más pero su contenido no sale de los cauces estrictamente biográficos de sobra conocidos, como también es sabida la semejanza que establecía entre “los males de España” y los de un organismo doliente precisado de cirugía.

Es lugar ahora para un pariente de Joaquín Costa, el **doctor Martínez Vargas** (1861-1948). Andrés Martínez Vargas es “el primo Andrés”, ese familiar médico que hay en muchas familias al que todos recurren con confianza cuando aparecen problemas de salud. Su talante abierto y cariñoso favorecía la proximidad y el trato frecuente con los Costa. Nació en Barbastro, hijo de Andrés Martínez Burrel y de Carlota Vargas Latorre. Su padre tenía una barbería en la plaza del Mercado y en el decir de algunos esta profesión pudo haber influido en la elección de los estudios del hijo. Era el primero de siete hermanos, aunque solo se tienen datos de la vida de Conrado y de Clemente. El parentesco de Andrés con Joaquín venía del hecho de ser el padre de aquel primo hermano de la madre de este.

La situación de la familia de Barbastro⁶² supone la existencia allí de una especie de vivac en el que recalar en los frecuentes viajes de Graus a Huesca, a Zaragoza o a Madrid. Téngase en cuenta la lentitud de los desplazamientos, la espera obligatoria en Barbastro para coger el tren que comunicaba con la línea Madrid – Zaragoza en Selgua, el agotamiento de las etapas, que en ocasiones obligaba a Costa a reponerse un tiempo para luego ir en la tartana a Graus, etcétera.

Estudió Martínez Vargas en el colegio de los Escolapios de Barbastro y en 1877 inició estudios de Medicina en Zaragoza, en los que obtuvo la licenciatura con Premio Extraordinario en 1880, con diecinueve años. Tras su brillante doctorado en Madrid, consiguió una plaza en el

62 Siendo frecuente el trato con los Martínez Vargas, donde solía recalar Costa era en casa de sus otros tíos, Ambrosio (hermano de Andrés) y María Suárez, quienes al parecer no tenían hijos. Se albergó en varias ocasiones en su casa, concretamente a la vuelta de la Exposición Internacional de París, desde mayo a octubre de 1868, en que trabajó con la máquina extractora de aceite del cospillo de la aceituna, asociado con Hilarión Rubio. Ambrosio, también de Graus, era guarnicionero y tenía una tienda; con él estuvo Tomás Costa aprendiendo el oficio en su primera juventud. Don Joaquín sentía especial predilección por su tía María, de la que dice en sus *Memorias*: “27 octubre 1868. El día 19 (lunes) salí de Barbastro: ¡hace ya ocho días! ¡Buena y querida tía! ¡Cuánto sentí dejarla! ¡Cuánto nos queremos! He estado tan bien en su casa, que era la mía, que esta pasada temporada puede formar época en mi vida [...]. ¡Cuántas veces me acordaré llorando de los días que he vivido con mi tía María!” (p. 91 de la ed. cit.).

Cuerpo de la Beneficencia Municipal de esa capital. En los primeros años, como era costumbre con los miembros de la familia que iban allí, estuvo tutelado por su tío mosén José Salamero, aunque no con la intensidad y dependencia del caso de Costa.

Posteriormente, en 1886, adquirió una sólida formación pediátrica en Estados Unidos y viajó a México, donde fue distinguido profesionalmente con la entrada en la Academia Nacional de Medicina. Volvió a España en 1888 y logró la cátedra de Pediatría de Granada para después ocupar la de Barcelona. Toda su peripecia profesional giró en torno a su preocupación sociosanitaria por los niños, por mejorar su calidad de vida y disminuir la terrible mortalidad que les afectaba,⁶³ de modo que se convirtió en verdadero fundador de la pediatría moderna en España.⁶⁴ Recibió importantes medallas, cargos y distinciones como consecuencia de una dedicación completa y sobresaliente a la medicina.

En cuanto a su relación con los Costa, como antes hemos apuntado, era frecuente y afectuosa. Aconsejaba por escrito lo que había que hacer ante diversos problemas de salud, recomendaba a quiénes debían dirigirse para recibir atención o se desplazaba a Graus para valorar la situación en la cabecera del enfermo. Sirvan como ejemplos la enfermedad terminal de Antonio Viñas, marido de Martina Costa, la otitis que Costa padeció estando de notario en Jaén, la enfermedad al final de su vida, etcétera.⁶⁵ Es de destacar la admiración que siempre mostró por su primo, cuya pérdida sintió doblemente por la impotencia de no haber podido hacer nada por él. En diversas ocasiones le consultó por problemas legales que se le presentaron y que aparecen en el epistolario costista.

Joaquín Montestruc Rubio (1872-1914), médico de Tardienta,⁶⁶ estudió igualmente en la Facultad de Medicina de Zaragoza. Se licenció en ella en 1895 y se doctoró por la Universidad Central de Madrid en 1896. Opositó sin éxito a la cátedra de Pediatría de Santiago de Compostela en 1897. Ejerció siempre en Tardienta, donde además era fabricante de yesos y cementos, y allí falleció el 11 de febrero de 1914.

Era hijo del también médico cirujano forense, afincado como propietario y como médico en Tardienta, Rafael Montestruc, que fue director del periódico *La Revolución* y alcalde de Monzón. Al igual que su padre, tenía Joaquín ideología republicana y llegó a ser en 1903 presidente de la organización provincial del Partido Republicano de Huesca. En virtud de su actividad política, era amigo del escritor y político oscense Manuel Bescós y del ministro de Fomento Rafael Gasset. Su relación con Costa fue estrictamente política. El día de su fallecimiento acudió a Graus como representante republicano a fin de presionar a Tomás Costa para que consintiese en que su hermano fuese enterrado en Zaragoza.

63 María Pilar Samper Villagrana, “Semblanza de un pediatra ilustre: don Andrés Martínez Vargas”, *Argensola*, 114 (2004), pp. 335-370; Joaquín Callabed, “Andrés Martínez Vargas, pediatra oscense ilustre, pionero de la Pediatría Social”, *Andalán*, 25 de mayo de 2012.

64 Esta paternidad justo es reconocer que debe compartirla con el doctor Mariano Benavente, padre del dramaturgo y premio nobel Jacinto Benavente. Fue el primer director del Hospital del Niño Jesús de Madrid.

65 *Id.* el relato pormenorizado que hace Vicente Castán Gil en sus *Memorias* de los últimos momentos de don Joaquín, en nuestro artículo de este mismo número de los *Anales de la Fundación Joaquín Costa* titulado “El final de Joaquín Costa, el enfermo de la mecedora”.

66 Primer lugar de ejercicio profesional del autor de este artículo en 1974.

Asimismo era Montestruc amigo del médico **Ricardo Royo Villanova**. Manuel Bescós, que había sido intervenido quirúrgicamente por ellos de una hernia, les dedicó a ambos su libro *Las tardes del sanatorio*.

Del médico y escritor **Felipe Trigo** (1864-1916), Felipe Trigo y Sánchez-Mora, debe señalarse que fue autor extremeño de gran éxito editorial y muy leído por el contenido erótico de gran parte de su obra. Abandonó el ejercicio de la medicina y se dedicó a las letras. Varias de sus novelas fueron auténticos *best-sellers* de la época. Coincidió con los ideales de Costa, especialmente en lo relativo al caciquismo como enfermedad de España y al método para curarla. Es demostrativa de ello la novela sobre el cacique Jarrapellejos. No sería, sin embargo, tan coincidente en el aspecto erótico de otras obras dado el conocido puritanismo de Costa. De la relación entre ambos, estrictamente intelectual, se conserva una carta en la que don Joaquín le agradece haber recibido dedicado su libro *Socialismo individualista (índice para su estudio antropológico)*:

25 Mayo [19]04

Sr. D. Felipe Trigo. Mérida

Mi distinguido señor y amigo:

Aunque suspendida ya mi correspondencia quiero todavía escribir a Ud. un par de líneas para expresarle mi cordial agradecimiento por haberse acordado de mí con ocasión de su nueva obra *Socialismo Individualista*. He hojeado las últimas páginas del programa para partidos nuevos, y tiene que meditar. Tengo vivos deseos de estudiar reconstrucción [?] y utopías sociológicas modernas (Bellamy,⁶⁷ Morris,⁶⁸ Ward,⁶⁹ Schäffle,⁷⁰ etc.), las que pueda haber: no sé si podrá ser en el otoño próximo. Entonces me enteraré del libro fundamental de Ud., que por el momento me está constantemente vedado.

Felicito a Ud. por tan importante contribución a la sociología europea, y con la expresión renovada de mi agradecimiento por su valioso obsequio y su dedicatoria, queda a su devoción y servicio, adicto amigo y servidor. J. C.⁷¹

Costa estaba entonces recientemente retirado en Graus, adonde había ido seriamente quebrantado e imposibilitado de adquirir compromisos como hubiera sido su deseo. Una vez más da en su carta muestras de prodigiosa erudición.

Le toca el turno al **doctor Frenkel** (1860-1931), Heinrich Sebastian Frenkel. Médico neurólogo suizo nacido en Heiden,⁷² fue muy conocido en la época por sus ejercicios peculiares

67 Edward Bellamy (1850-1898), escritor norteamericano autor de la novela *Looking Backward*, de gran éxito editorial, en la que refleja su pensamiento socialista utópico.

68 William Morris (1834-1896), escritor inglés y socialista utópico, autor de la novela *Noticias de ninguna parte*.

69 Benjamin Ward Richardson (1828-1896), médico inglés, prolífico escritor y autor de obras de contenido utópico social, como *Hygeia: la ciudad de la salud*.

70 Albert Schäffle (1831-1903), escritor alemán, socialista, catedrático de Economía Política.

71 AHPHu, COSTA/000098/102-2J(8826).

72 Sin embargo, el neurólogo Adrian Danek sitúa su nacimiento en Varsovia (entonces perteneciente a Rusia), en la misma fecha, pero con el nombre de Heinrich Simon Frenkel, descendiente de una familia judía. Adrian Danek, "Heinrich Simon Frenkel (1860-1931)", *Journal of Neurology*, 264/6 (2016), pp. 1301-1303.

mediante los cuales se convirtió en el precursor de la neurorrehabilitación. Con sus métodos tuvo éxito en el tratamiento de la ataxia tabética, su principal contribución. En poco tiempo fueron conocidos en toda Europa los “ejercicios de Frenkel” para el tratamiento de afecciones neurológicas. Fue el primero en introducir estas técnicas para restablecer la destreza y mejorar la deambulaci3n. Estudi3 Frenkel en Heidelberg y en Leipzig, donde se doctor3 en 1884. Tras el ejercicio de la neuropsiquiatría en el antiguo hospital mental de Bad Horn, en 1890 se ocup3 de la plaza de m3dico del balneario del Hotel Freihof en Heiden. Comoquiera que all3 la actividad fuese preferentemente estival, en los inviernos trabajaba en Berl3n en el departamento de psiquiatría del hospital universitario de la Charit3, aunque sus ejercicios se practicaban tambi3n en otros centros. En el Hotel Freihof atendía principalmente a pacientes con parálisis por accidente vascular cerebral o de cualquier otro tipo, y la actividad solía tener lugar en el jard3n del establecimiento.

Asisti3 en 1903 al XIV Congreso Internacional de Medicina en Madrid, en el que tambi3n Cajal y Simarro participaron. Este 3ltimo, como ya hemos seÑalado, fue quien, puesto en contacto con Frenkel, se dispuso a dirigir la operaci3n del restablecimiento del enfermo. A Costa lo acompaÑar3a en este viaje un amigo republicano que se ofreci3 con ese fin, Enrique Frera, abogado y propietario de Colunga, en Asturias, que hab3a sido colaborador informante de las *comuÑas* asturianas en su obra *Derecho consuetudinario en EspaÑa*.⁷³ Salieron de Madrid el 27 de agosto, y la estancia en Heiden fue de diecinueve d3as: del 31 de agosto al 19 de septiembre.⁷⁴ Costa estaba deseoso de agradecer a Simarro sus gestiones y de comunicarle el tratamiento y los progresos, si los hab3a, e hizo cuanto pudo por averiguar su paradero hasta que un conocido le comunic3 que se encontraba en casa de unos amigos en Betanzos:⁷⁵

Heiden 18 Sept. [1]903

Amigo Simarro:

Recibidas sus cartas a Frenkel y a m3 ¿c3mo le agradecer3a suficientemente el trabajo y la distracci3n que le he ocasionado? ¿Llegar3 la ocasi3n de compens3rse los, de cumplir? Me he despedido de Frenkel. Ya me dijo el otro d3a que quer3a saber si en Madrid podr3a ejecutarse *son ordonnance*. Es claro que no se puede, ni podr3a, yo all3 (en Heiden). Ha demostrado gran empeÑo en principiar aqu3, o este invierno en Par3s, desde luego rebajando a cuatro los seis meses (de tratamiento). Es natural que quisiera conocer mis medios en relaci3n, y ha hecho bien en adelantarse, aunque por conducto de V., a la pregunta que sin eso habr3a tenido que hacerle. (Tachado: respecto al gasto del tratamiento).⁷⁶

Probablemente me detendr3 unos d3as en Hendaya desde donde no me mover3 hasta que vaya a darle personalmente las gracias. (Tachado: desde aqu3 a Madrid o a Arag3n). Hasta entonces se las anticipo aqu3 muy rendidas. Su affmo. amigo J. C.⁷⁷

73 Enrique Frera 3lvarez, juriconsulto asturiano, juez de primera instancia e instrucci3n de Onteniente, correligionario y colaborador de Costa.

74 AHPHu, COSTA/000101/104-01, diversas cartas y facturas del Hotel Freihof.

75 AHPHu, COSTA/000101/104-01(9112), carta de Severino Costales a Joaqu3n Costa inform3ndole del paradero de Luis Simarro. V3ase tambi3n Asumpci3 Vidal Parellada, *Luis Simarro y su tiempo*, Madrid, CSIC, 2007.

76 Costa manifiesta siempre su extremado escr3pulo en el pago de honorarios.

77 AHPHu, COSTA/000101/104-01(9117).

En efecto, el 19 de septiembre abandonó el hotel-clínica con intención de volver, no sin antes pasar unos días en Hendaya, donde estaría del 4 al 26 de octubre alojado en el Hotel Ugarte. Desde allí contestaba en carta a Manuel Marraco, republicano de Zaragoza, que en misiva anterior lo había puesto al día de algunos sucesos en relación con Unión Republicana. En ella puede apreciarse la confusión y la contrariedad que le ocasionaba no encontrar progreso con los métodos de Frenkel:

Hendaya 27 Sept. [1]903

Mi querido amigo:

Salí de Heiden y desde allí me reexpidieron su grata del 19. Si me escriben otra vez, ya no recibiré, porque también voy a salir de aquí, sin dejar señas: no sé si me iré a Toulouse o a Montserrat, o a Graus o a Madrid. Parezco una veleta por dentro y una piedra por fuera. Desde mi cuarto oigo los cohetes de la fiesta de Irún por debajo de mi balcón. Mil gracias por sus cartas y sus noticias.⁷⁸

Enrique Frera, su compañero de viaje, salió de Heiden antes que Costa, el 11 de septiembre. En carta de ese día⁷⁹ le hace recomendaciones para serle útil en el itinerario de vuelta: Heiden – Zúrich – Lyon – Burdeos – Hendaya. Evidentemente, le preocupaba el deterioro de Costa, así que le indica dónde comer, dónde coger los billetes, etcétera. Tanto él como Severino Costales son fieles correligionarios que se preocupan en todo momento de tenerle informado y de que le lleguen los periódicos (*El Imparcial* o *El Heraldo*, entre otros) al sanatorio.

Tal como anunciaba, Costa volvió a Madrid, probablemente fraguando ya un plan de retirada a Graus ante la falta de mejoría tras un tratamiento que se suponía iba a ser el mejor posible pero que a él le resultaba totalmente imposible llevar a cabo. Con toda la cortesía y las sutilezas que solía emplear cuando trataba con quienes eran amables con él, escribió a Frenkel posponiendo el tratamiento para mejor ocasión:

El plan que usted ha propuesto es del agrado del doctor Simarro. Yo también, en mi ignorancia en estas cosas, lo encuentro muy razonable. Lo pensaré hasta la próxima sesión, y si en junio o julio no me encuentro peor que ahora, y si el doctor Simarro dice que aún estamos a tiempo para ensayar lo que ahora se puede hacer, yo iré con usted y me pondré en sus manos. Desgraciadamente este año no me puedo desembarazar de mis asuntos y permanecer seis meses fuera de mi país.

Tengo previsto marcharme mañana por la mañana, y le ruego que me haga saber sus honorarios, los derechos de su exploración diagnóstica y prescripciones para pagarle sobre la marcha. Agradeciéndole el interés que se ha tomado y despidiéndome, J. C. [Borrador escrito originalmente en francés]

Posteriormente, haciendo recuento de todos sus intentos terapéuticos, le contaba por carta a Laureano Rosso el 16 de julio de 1908:

Después del Congreso Internacional de Medicina de Madrid, al que asistió Frenkel, fui por sugestión de Simarro (no solo) a Heiden, Suiza, donde dicho doctor me prescribió un régimen que

78 AHPHu, COSTA/000101/104-01(9113).

79 AHPHu, COSTA/000101/104-01(9106).

diríamos ortopédico: permanecería con él medio año, o siquiera cuatro meses, para que él dirigiese la construcción de un aparato complicado de aluminio donde apoyar el busto, etc., el cual se construiría en Zúrich. Acabé por ver en él un industrial con borla de profesor y no me presté al juego. Curación orgánica era lo que yo había ido a buscar, y no artificios o pretextos para desplumarme.⁸⁰

Probablemente lo juzgaba con injusticia, pues Frenkel era un verdadero científico que actuaba con lo mejor de su espíritu profesional, como así ha quedado demostrado para la posteridad. Su método resultó exitoso frente a muchas patologías neurológicas, pero inútil con la de Costa. La neurología acababa de comenzar, si bien el progreso de los tratamientos de Frenkel, nacido de una familia judía de Varsovia, se interrumpió con la Primera Guerra Mundial. Él mismo fallecería en 1930.

Del doctor **Santiago Gómez Lafarga** sabemos que fue médico homeópata de Barbastro y activo colaborador, junto con Mariano Molina, en la Cámara Agrícola del Alto Aragón en 1898. En los últimos años trató profesionalmente a Costa, aunque no hemos encontrado documento justificativo, salvo la comunicación en carta de don Joaquín a Manuel Bescós de que le había enviado un medicamento.⁸¹

Aparece Gómez Lafarga en la biografía de san Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, con ocasión de haberle atendido en Barbastro cuando era un niño de solo dos años. Tenía al parecer una gravísima infección que hacía temer por su vida y fue reclamado por los padres ante el pronóstico pesimista del médico de cabecera. Según refiere la citada biografía, al día siguiente el niño estaba completamente curado.

Este médico, con intensa actividad política, tenía sincera amistad con Costa y mantuvieron entre ambos abundante comunicación epistolar. Sus servicios fueron los únicos que aceptó don Joaquín hasta el día en que fue víctima del accidente cerebrovascular en 1911.

Joaquín Gómez Fantova, hijo de Santiago Gómez, fue también médico homeópata en Barbastro. Atendió a Costa en los últimos días de su vida por delegación de su padre, así como también participó en el embalsamamiento del cadáver cuando falleció. Ambos pugnaron sin éxito con Tomás Costa y las autoridades de Zaragoza —que tanto empeño pusieron en enterrar a Costa allí— por el cobro de los honorarios de esta última intervención a don Joaquín.

De **Laureano Rosso** es muy difícil obtener datos, al menos de la época en que mantiene correspondencia con Costa. De los escasos con los que contamos se puede señalar que presidía en su época estudiantil la tuna madrileña que visitó Roma en 1879, lo que nos hace suponer que nacería en torno a 1859. También sabemos que pasó una larga temporada en Argentina, y es posible que de allí procedieran sus ancestros. En 1885 aparece en la prensa (*La Época*, 11 de septiembre) como forense de Cazalla de la Sierra, y a partir de 1900, asentado ya en Málaga, solo encontramos su nombre en relación con su militancia republicana y abiertamente anticlerical. Hay notas de prensa local en las que, en formato comercial, se hace referencia a casos de curaciones con métodos nunca publicados en revistas científicas.

80 Archivo Joaquín Costa de Graus.

81 George J. G. Cheyne, *Confidencias políticas y personales: epistolario Joaquín Costa – Manuel Bescós*, Zaragoza, IFC, 1979, p. 134.

Destacado miembro del partido republicano en Málaga, Rosso colaboró intensamente con Pedro Gómez Chaix.⁸² Ambos intentarían convencer a Costa de la conveniencia de desplazarse allí desde Graus con objeto de someterlo a tratamiento. Costa sospechó acertadamente que existían otro tipo de motivaciones y se negó a ir.

Pocas son, asimismo, las noticias acerca del **doctor Santiago Salazar Ugarte-Barrientos**. Entre sus innumerables carpetas de apuntes hay una fechada en enero de 1910, coincidente con la última estancia de Costa en Madrid, hospedado en casa de su amigo Pedro Niembro, que titula *Tratamiento de mi parálisis por el radium Barros actíniferos*.⁸³ En ella hay una tarjeta de visita del doctor Salazar en la que le dice textualmente:

Mi amado D. Joaquín: ahí tiene V. barro y sifones. Para beber estos debe poner previamente en el vaso medio dedo de agua bien caliente con el fin de templar el agua radio-nitrogenada en el momento de ingerirla. He hablado yo con D. Pedro; no se preocupe de nada. El tratamiento tiene que resultarle cómodo y económico. Siempre admirándole,

Santiago Salazar Ugarte-Barrientos, médico cirujano

Madrid, 10 Enero 1909⁸⁴

El tratamiento consistía en ingerir agua radionitrogenada y en aplicarse cataplasmas de barro radiactivo actínifero, procedente todo ello de la “Banque de Radium de París de minerales radiactivos”.⁸⁵ De acuerdo con su información, estaría indicado en reumatismo crónico, artritis blenorragica, neuralgias, parálisis, pruritos, etcétera. Es decir, para muchas cosas y, en definitiva, para nada, por no decir que incluso podría ser peligroso. En carta a Manuel Bescós de 13 de marzo de 1910 le dice Costa: “Ensayé los Barros actíniferos (sales radio-activas), sin resultado para mis músculos”.⁸⁶

Con tal de experimentar mejoría, ya que en realidad no tenía esperanzas de curación, Costa estaba dispuesto a utilizar cualquier recurso hasta el final, por lo que no puede decirse que no estuviera cargado de razón cuando decía al término de su vida que había perdido la fe en los médicos y tiraba por la ventana al corral los medicamentos que le dejaban en la mesilla de noche.

Los médicos que lo atendieron en los momentos finales de su vida fueron los doctores Santiago y Joaquín Gómez, de Barbastro; José Vidal y José Pérez Bufill, de Graus; Miguel Gayarre y Arturo Zaldívar, de Madrid; Andrés Martínez Vargas, de Barcelona, y Ricardo Royo Villanova, de Zaragoza. Pero esos momentos requieren ser incluidos en un artículo aparte, que se publica en este mismo número de los *Anales de la Fundación Joaquín Costa* bajo el título de “El final de Joaquín Costa, el enfermo de la mecedora”.

82 Pedro Gómez Chaix, jefe de los republicanos malagueños durante un buen puñado de años.

83 AHPHu, COSTA/000118/112-28.

84 AHPHu, COSTA/000118/112-28(9405).

85 *El Siglo Médico*, 2975 (17 de diciembre de 1910).

86 George J. G. Cheyne, *op. cit.*, p. 172.